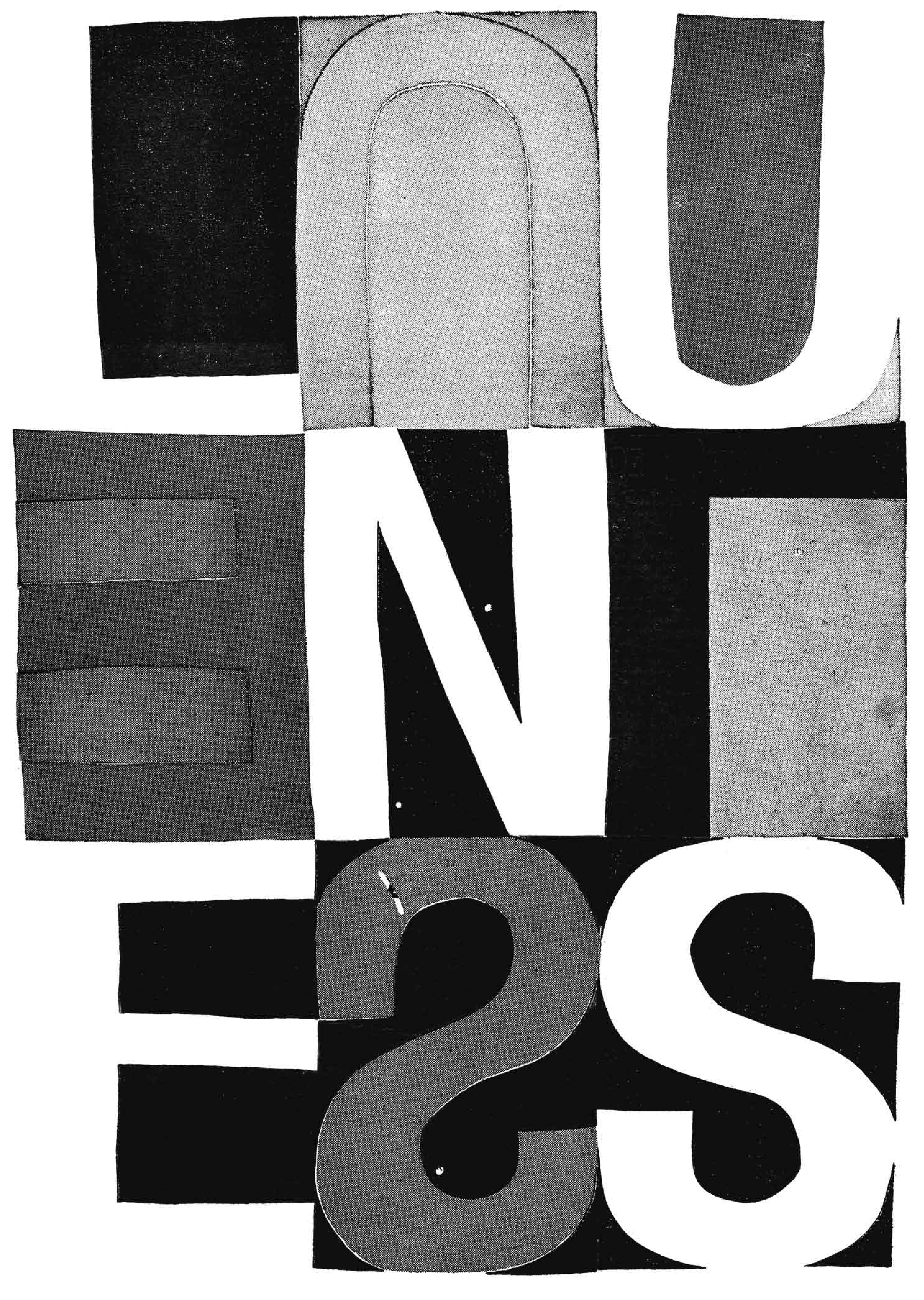


febrero 15 de 1960 *número 47*

EDITORIAL

Este LUNES está dedicado a los triunfadores en el concurso literario de La Casa de las Américas. Nosotros, comprendiendo la importancia y las ventajas de este tipo de actividad, nos solidarizamos con él. Hemos querido a la vez mostrar las obras que merecieron el voto particular de nuestro colaborador, Virgilio Piñera. Para nuestro país tienen una gran importancia estos concursos. Es un modo mediante el cual nuestros escritores sin recursos o desconocidos (en el premio de novela hay un ejemplo) puedan iniciar una saludable aparición en el noble campo de las letras. Este concurso es, en fin, un síntoma de nuestra nueva mentalidad, más libre y dinámica. Es un síntoma de la preocupación que todos tenemos en echar a andar el carro de la literatura.

La Casa de las Américas puede sentirse complacida porque su labor, en este primer concurso, ha tenido una gran resonancia. Hoy los nombres de Soler Puig, René Jordán, Valdizón, Adoum, Martínez Estrada, Lizarraga están en la primera plana de los periódicos de todo el Continente. Esto quiere decir que parte del vacío tradicional en que han vivido los intelectuales en la América española se va llenando.

Es mucho lo que hay que hacer todavía. Estos concursos, auspiciados po La Casa de las Américas y por otras instituciones culturales tienen que multiplicarse, pero algo hemos ganado.

Nuestras fecilitaciones a La Casa de las Américas

LUNES DE REVOLUCION

director:
guillermo cabrera infante
subdirector:
pablo armando fernández
emplanaje:
guerrero
portada:
tony evora
fotos:
korda, ernesto, prensa latina y archivo
ilustraciones:
bachs y morante





ENTREVISTA CON MARTINEZ ESTRADA

por antonio caram

(Servicio Especial de PRENSA LATINA)

El escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, que acaba de ganar el Primer Concurso Literario Hispanoamericano de la Casa de las Américas, celebrado en La Habana, con su obra titulada "Análisis Funcional de la Cultura", nos concedió una entrevista en su casa de la calle de Antonio Caso, de la Ciudad de México.

—¿Cuánto tiempo hace que está en México? —le preguntamos.

—Cuatro meses, aproximadamente.

—¿Vino usted de Argentina a nuestro país?

—No. Vengo de Europa, a donde estuve en Viena. Visité, de paso, Alemania, Checoslovaquia, Francia y otros países. En Weimar, conocí Buchenwald, que fuera campo de concentración. Todavía se conservan, como testimonios de la barbarie nazi, los hornos crematorios, las cámaras de tortura, las salas de cirujía, donde los carniceros hitlerianos disecaban, vivos, a los ...ieros. Sale uno de ese campo de horror aborreciendo con toda el alma a los nazis.

—¿A qué vino a México?

—Vine invitado por el Fondo de Cultura Económica, para asistir al vigésimoquinto aniversario de su fundación. Pero me quedé porque la Universidad Nacional de México me contrató por un año para dar, en un seminario, una serie de clases tituladas: "Conflictos y Armonías de los Pueblos Hispanoamericanos". Por lo pronto voy a hablar sobre este mismo tema en cuatro conferencias, en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad. Por otra parte, la misma Universidad me patrocinará la edición de un libro, que ya estoy preparando.

—¿Qué asuntos abarcarán sus clases de seminario?

—Pues, a grandes rasgos, los siguientes: primero los problemas del hombre nativo en su tierra y el desalojo de que es víctima por parte del extranjero; segundo, aspectos económicos de los países que han dado en llamar "subdesarrollados"; tercero, consideraciones sobre las culturas nativas y las importadas y, cuarto, manifestaciones políticas, tales como sublevaciones, revueltas, los gobiernos conservadores o liberales, y si favorecen o no al capital extranjero.

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?

—Treinta. Siete de poesías, uno de teatro, cuatro de cuentos y dieciocho de ensayos.

—¿Quisiera decirnos algo sobre su libro "Análisis Funcional de la Cultura", que acaba de ser premiado en La Habana?

—Antes que nada, quiero agradecer a Prensa Latina el que me haya comunicado el fallo del jurado, pues hasta el momento en que ustedes se pusieron en contacto conmigo, ignoraba que hubiese ganado. Tengo a la mano una copia de mi obra. Puede hojearla, si gusta.

LA CULTURA FABRICADA

La obra del profesor Martínez Estrada consta de 82 páginas mecanografiadas, a doble espacio. En el índice aparacen las materias que trata y que dan una idea muy clara acerca del contenido. El trabajo se divide en dos partes. En la primera, se enumeran los siguientes capítulos:

1.) Definiciones y conceptos.
2.) Objetivación de la cultura.
3.) Evolución de la cultura.
4.) Culturas madres.
5.) Patología de la cultura.
6.) Culturas de aula y culturas de ágora.

En la segunda parte:

7.) Cultura y religión.
8.) Cultura y sociedad.
9.) Cultura y política.
10.) Cultura y civilización.
11.) Urdimbre económica de la cultura "kitsch".

—¿Qué quiere decir cultura "kitsch", profesor?

—Significa la cultura elaborada para el consumo popular, o sea, la cultura dirigida. En eso se diferencia de la denominada cultura "volk", que es la nacida del pueblo, la auténtica, la tradicional.

La cultura "kitsch" produce artículos **standard**, baratos atractivos y nocivos. Es la que fabrican los grandes consorcios industriales y comerciales, en beneficio de sus intereses, para el consumo de la masa. En América, la matriz de esas fábricas que crean la cultura "kitsch" se encuentra en los Estados Unidos. En Europa, se halla en Inglaterra. En los Estados Unidos, la cultura dirigida se produce al por mayor y sus principales vehículos de difusión son la prensa, el cine y la televisión. Toda Latinoamérica se ha venido saturando, a través de largos años, de la cultura "kitsch" A los poderosos consorcios yanquis, que tienen a su servicio más de mil setecientos periódicos en los Estados Unidos e innumerables empresas publicitarias, les conviene formar un público lector que carezca de criterio propio y que se guíe ciegamente por el criterio que le imponga su diario preferido. Wright Mills, en su libro "La Elite del Poder", hace referencia a estas maniobras que utilizan los monopolios norteamericanos para distorsionar, día por día, la mente de los americanos, latinos o sajones.

USA: FACTOR DE DIVISION EN LATINOAMERICA

—¿Colabora la prensa de Iberoamérica en esa tarea?

—¡Desde luego! Nuestra prensa sólo publica los cables que las agencias noticiosas extranjeras les sirven y que únicamente informan de lo que ocurre en Francia, Inglaterra, etcétera. Jamás se nos ilustra acerca de países como Dinamarca o Suecia, que son naciones democráticas. Según los cables, en Argelia unos cuantos negros facinerosos se dedican a matar franceses.

"¿Y qué sabemos de nuestros propios países? ¡Nada! Con toda intención, han procurado mantener a la América Latina en un aislamiento absoluto, confinando a cada nación dentro de sus propias fronteras. ¿Por qué? Porque la política de los Estados Unidos respecto a Latinoamérica es la de dividir. No desean, bajo ningún motivo, que se unifique porque eso significaría una merma considerable en sus intereses económicos y políticos. Por otro lado, en nuestra prensa no son libres de fijar sus ideas ni siquiera los colaboradores. La mayoría de los periódicos latinoamericanos se sostienen gracias a los anunciantes estadounidenses o a otro tipo de ayuda, quizás más directa. Por eso, los directores de nuestros diarios se abstienen muy bien de indisponerse con el coloso del norte.

"¿Quién puede criticar a los Estados Unidos en las publicaciones latinoamericanas? Permiten, sí, que los ataques en detalles insignificantes que, en vez de perjudicarlos, les hacen el juego, pero nunca en los hechos fundamentales".

—Díganos, para terminar, profesor ¿los organizadores del concurso publicarán su libro?

—Sí.

—¿De cuánto es el premio?

—De mil dólares.

—¿Piensa usted ir a La Habana a recibirlo?

—Es mi deseo, aunque con el compromiso de mis clases en la Universidad de México se me complicará el viaje. De todos modos, en alguna forma espero resolver el problema.

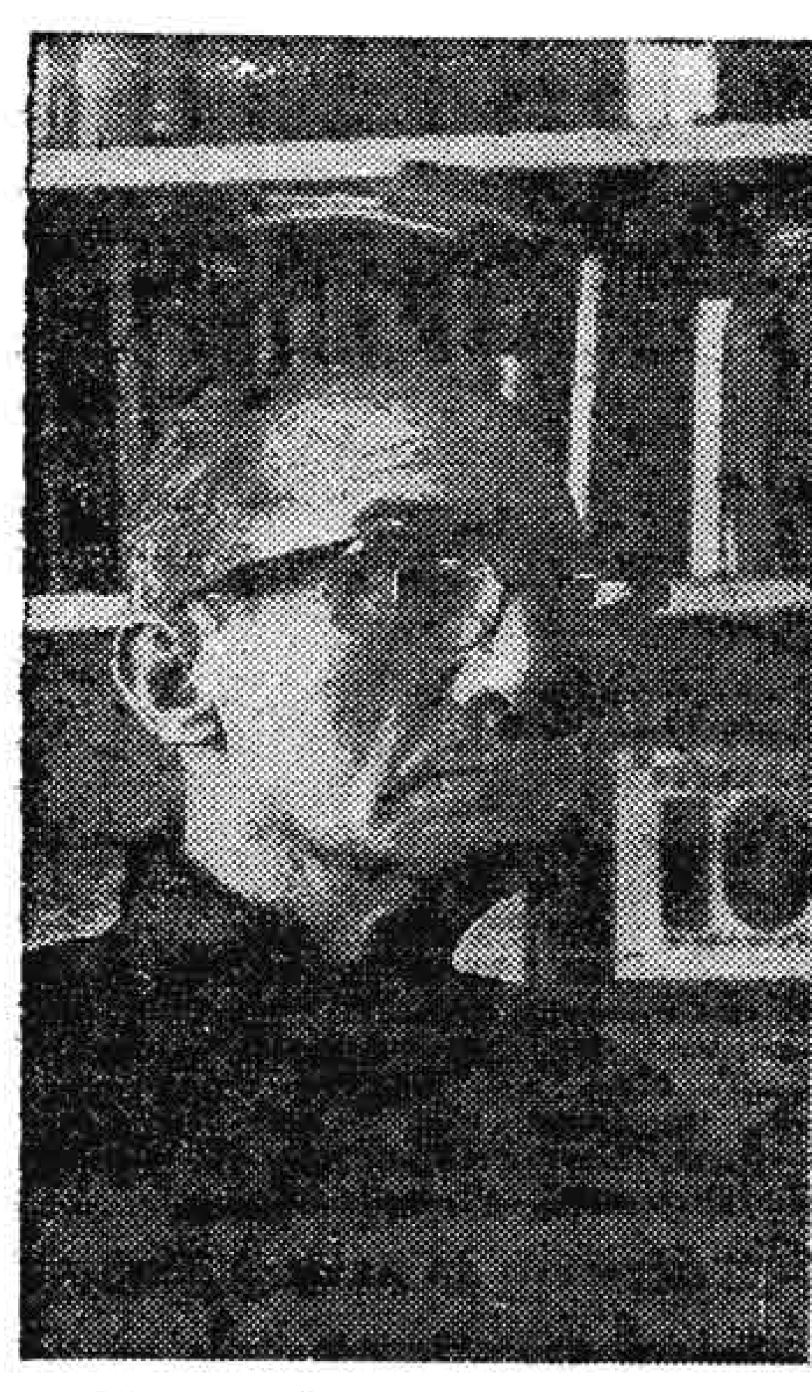
CULTURA Y POLITICA

o
r e. martínez estrada



Sobre la posibilidad de reimplantar los ideales de las antiguas culturas ecuménicas, cuyo paradigma es la griega, llevándola sin desfigurar al pueblo con métodos y medios adecuados, es poco lo que conozco; puedo decir nada. **En general quienes se han ocupado de la educación del pueblo han pensado directa y exclusivamente en una clase inferiorizada de educación, "puesta a su alcance"**, lo que quiere decir desnaturalizada en su esencia misma por adecuación incorrecta. Es la postura de los educadores políticos, o de los políticos educadores a quienes se halla profusamente en la docencia y en el periodismo. Se trataría en cambio de trasladar de un plano a otro, sin desfigurarlo, un saber de máxima jerarquía, en cuanto ello es posible. A mi juicio —fiel a las convicciones de Charles Péguy y de Simone Weil— ello es posible si antes **educamos a los educadores y los liberamos del prejuicio de considerar al pueblo como masa incapaz de entender y** sentir por encima de cierto nivel muy bajo de excelencia. Se confunde pobreza con abyección, ignorancia con estolidez.

El acceso de las masas a la cultura superior habría sido mucho más eficiente cuando éstas podían organizarse bajo ideales humanos propios, cuando los pueblos tenían un vigor vital más lozano. Posiblemente así nacieron todas las grandes culturas, hasta que la estratificación de las clases sociales arrojó al mayor número al margen, al suburbio de la civilización. Desde entonces, ¿qué sentido pudo tener para ellos una cultura que había sido ela-



En la sección de ensayos, se presentaron al Concurso unos cincuenta y tantos trabajos, no todos estrictamente clasificados dentro del género ensayístico, aun habida cuenta de la holgura de perfiles con que éste se produce. Los temas eran sumamente variados, predominando los de acento social y estético. No menos varia, desde luego, resultó ser la calidad. La del mayor número se mostró tan escasa, que no nos costó demasiado esfuerzo a Caillois, a Benítez y a mí destacar los dos ensayos de mayor excelencia: el premiado y el que señalamos como digno de publicación.

Refiriéndome primero a éste —un estudio sobre las etapas iniciales del esclavismo en Cuba—, puedo decir que a los tres miembros del Jurado nos pareció admirable por su acuciosa investigación histórica, su dramática objetividad, no reñida con un fervor de implícita protesta, y su vigor y concisión de estilo. A tal extremo, que no pudimos dejar de deliberar si procedía recomendarlo para el premio. Mucho debe de halagar esto a quien resultó ser su autor, nuestro joven compatriota Manuel M. Moreno Fraginals.

En definitiva, sin embargo, el voto unánime del Jurado se inclinó a favor del ensayo titulado "Análisis Funcional de la Cultura", principalmente porque —aparte sus calidades intrínsecas—, nos pareció de proyección más actual y universal. Es un trabajo extenso, casi un pequeño "tratado" en el sentido tradicional de la palabra, pero sin el empaque didáctico que a tal especie suele asociarse, no obstante el método y rigor con que dicho trabajo estudia la evolución de los conceptos definitorios de la cultura y sus respectivas implicaciones, para desembocar en una concepción "funcional" de ella; es decir en la tesis de que el esfuerzo intelectual y creador debe orientarse hacia un nuevo "humanismo" de honda proyección social.

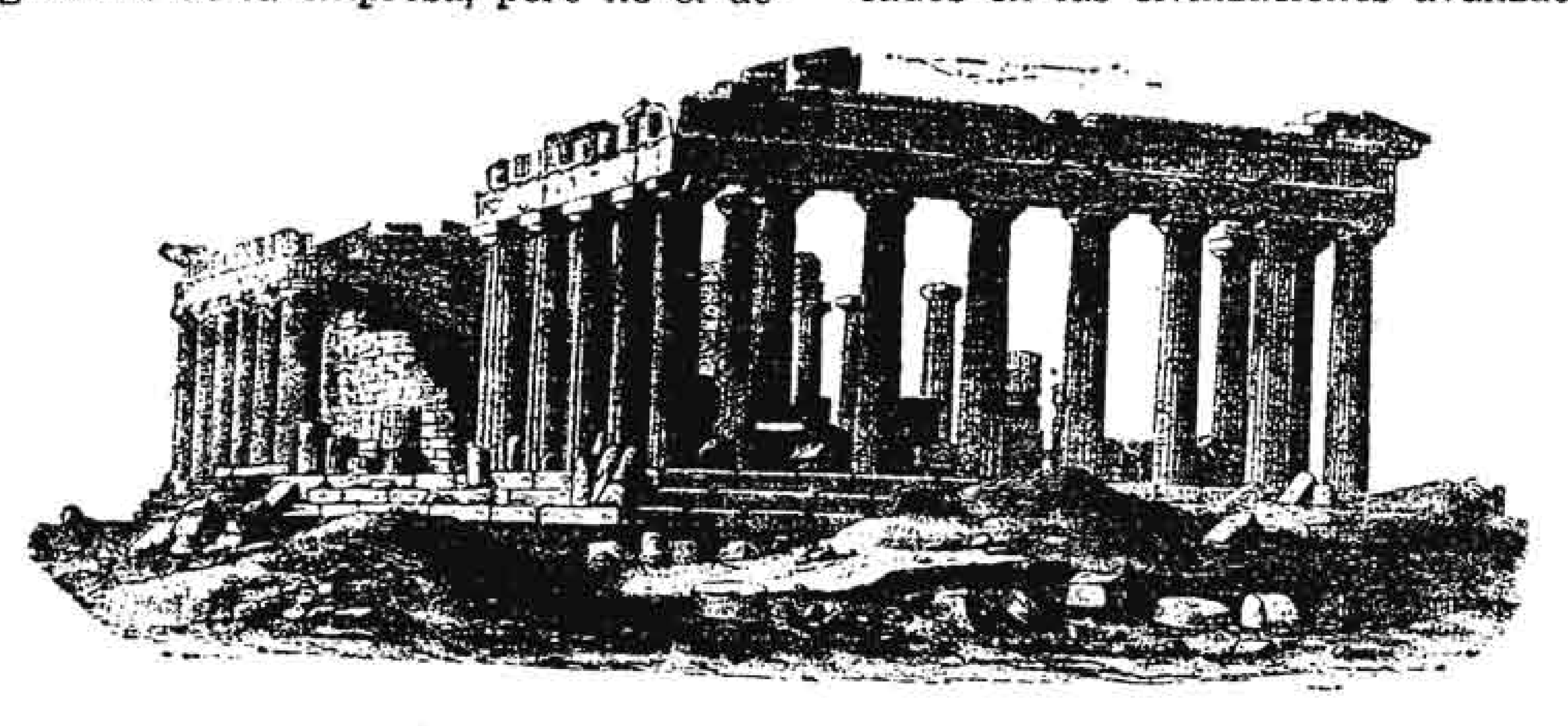
Con particular energía y brillantez se combate en el ensayo la idea minoritaria y "elitista" de la cultura, mas no para rebajar las exigencias de ésta, sino, por el contrario, en cuanto se pretenda "vulgarizarla" a costa de sus valores intelectuales y estéticos más puros so pretexto de una supuesta incapacidad del pueblo para la más afinada estimación.

Es posible que se advierta en el ensayo premiado cierta indecisión en sus posiciones finales, sobre todo en relación con el debate político-social de nuestro tiempo. Pero en general el trabajo nos pareció a los miembros del Jurado muy copioso y "al día" en su información, de una notable densidad, agudeza y frescura de pensamiento, y escrito con precisión y elegancia sumas. Bien comprendimos después la razón de todo ello al revelarse que su autor era Ezequiel Martínez Estrada, el finísimo "radiógrafo" de la Pampa, que tan claros timbres ha dado a las letras argentinas contemporáneas.

JORGE MAÑACH

borada con prescindencia de esa fuerza vital lozana? Hoy la "cultura para el pueblo" está condicionada como subproducto del poder político, militar y mercantil, como antes lo fuera del poder religioso. La forma vulgar de divulgación de las ciencias, las letras, y las artes ha adquirido un poder vicario, pues sirve a intereses que por lo regular emplean tácticas de persuasión o intimidación, o sectarios, que contribuyen a ofuscar el sano juicio de las gentes, a exacerbar sus prejuicios, a decidir la opinión pública en pro de esos intereses. El coeficiente de educación e instrucción es tan equívoco y discutible como el alfabetismo, cuando conduce a una culturación que generalmente equivale a un embrutecimiento por la lectura. El uso que de la prensa y la radio hicieron los gobiernos totalitarios ha revelado la magnitud de ese poder demoníaco, y en países democráticos del tipo de los iberoamericanos es común encontrar que los mismos defensores de la autonomía o libertad que es indispensable en el mundo del espíritu, proponen cierta forma delicada y aviesa de someter los fines propios de la cultura a intereses de las potencias colonizadoras que gobiernan a los gobiernos.

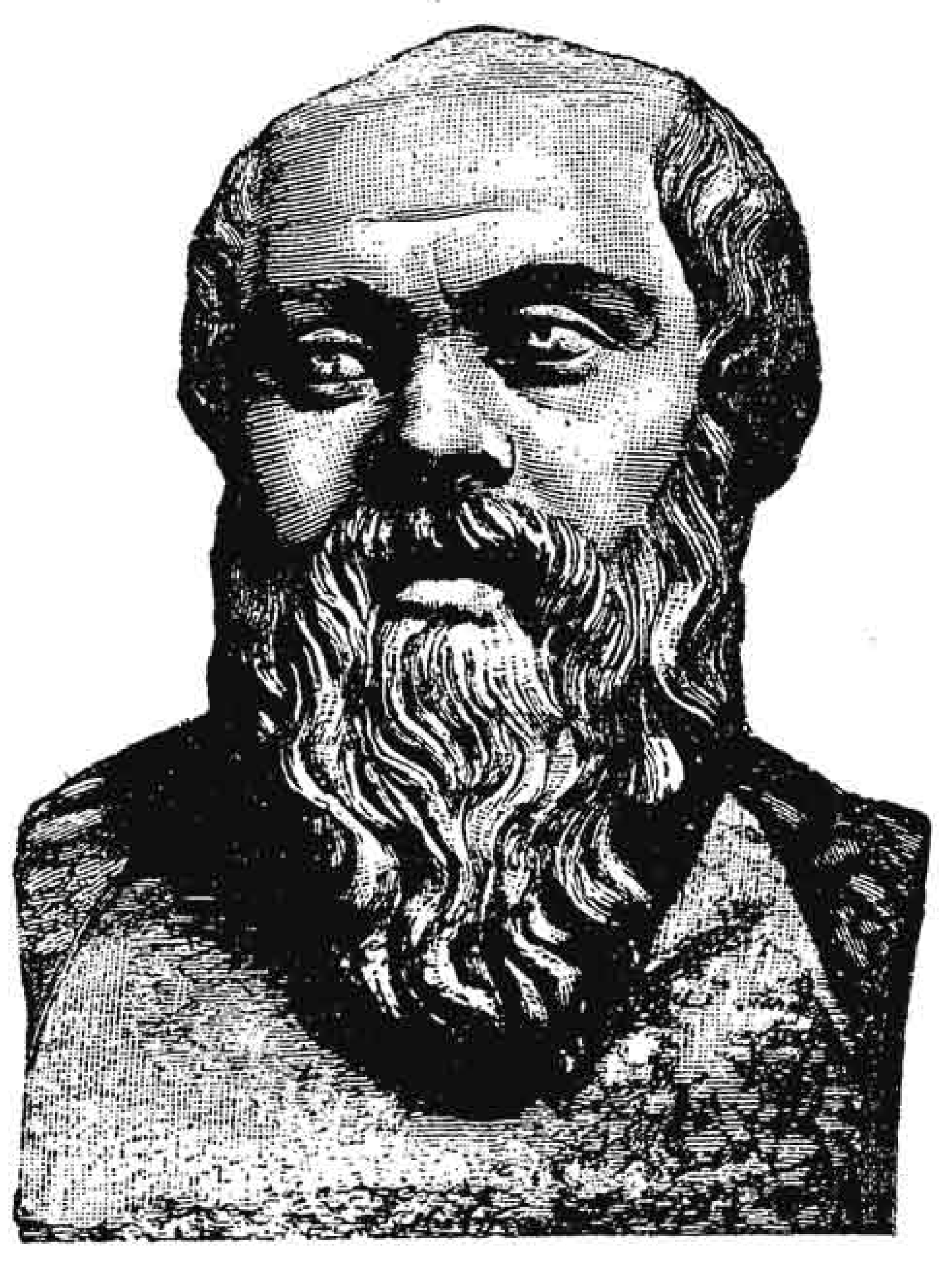
El acceso de las muchedumbres y de los públicos aleccionados a la cultura cualificada y al disfrute de los adelantos de la ciencia (siempre en carácter de consumidores) no se ha producido sino indirectamente en el plano de la calidad, y el arte se ha empleado como incentivo para la venta de mercancías. Los partidarios del progreso en bloque registran las ganancias globales de la empresa, pero no el déficit moral y estético con que se lo paga. La realización de los ideales democráticos ha entrañado, como consecuencia, la confusión de socialización con vulgaridad, y de cultura popular con ordinariez; fenómeno agudamente advertido por Tocqueville al describir la grandeza de la democracia norteamericana. Simone Weil ha visto con claridad este malentendido. Dice en **Raíces del Existir:** "la búsqueda de modos de transmitir la cultura al pueblo sería aun más saludable para la cultura que para el pueblo. Sería un estímulo infinitamente precioso. Así saldría de la atmósfera confinada en que está encerrada. Dejaría de ser cosa de especialistas. Como lo es actualmente, de arriba abajo, degrada en la medida en que se dirige hacia abajo. Así como se trata a los obreros como alumnos de liceo un poco tontos, se trata a los alumnos de liceo como a estudiantes universitarios muy fatigados, y a los estudiantes como a profesores que hubieran sufrido de amnesia y necesitaran una reeducación. La cultura es un instrumento manejado por profesores que a su vez fabricarán profesores"



"... las antiguas culturas ecuménicas cuyo paradigma es la griega..."

En última instancia la cultura debiera tener a la política por instrumento y no al revés, como acontece actualmente. Esto se creyó posible, hasta que la democracia adoptó los malos hábitos de la burguesía y dejó de confiar en las dotes naturales del hombre de la calle. Pues en sus manos la política como instrumento seguía respondiendo en sus móviles y técnicas a los intereses organizados más poderosos. En verdad, nunca había dejado de ser instrumento de poder, creado con una finalidad muy concreta y aplicado a la acción de gobierno más que a la salud moral de la sociedad. Como sistema instrumental político, Malinowski lo define así: "A: la cultura es esencialmente un patrimonio instrumental porque el hombre es colocado en la mejor posición para solucionar los problemas concretos y específicos que encara dentro de su ambiente, en el curso de la satisfacción de esas necesidades. B: es un sistema de objetos, de actividades y actitudes en el cua[l] cada parte existe como un medio para un fin. C: es un conjunto integral en que los varios elementos son interdependientes. D: tales actividades, actitudes y objetos están organizados alrededor de importantes y vitales tareas de instituciones como la familia, el clan, la comunidad local, la tribu y los equipos organizados para la cooperación económica y la actividad política, jurídica y educacional. E: desde un punto de vista dinámico, esto es, con referencia al tipo de actividad, la cultura puede ser analizada en cierto número de aspectos como la educación, el control social, la economía, los sistemas de conocimiento, creencias y moralidad, y aun modos de expresión artística y creadora".

La índole del poder político ya era, desde su organización técnica, contraria a la verdadera cultura, a la humanística, que exigía tomar en cuenta valores muy finos. En cambio la tecnológica se conformaba con los valores gruesos de mercado. El hombre no era una meta para ella sino un medio, aunque proclamara otra cosa. Una política de cultura sólo es viable en una sociedad organizada para el bienestar espiritual y eudemonístico de todos los hombres y mujeres, tomados como un fin. Este es un tema de suma importancia, tendenciosamente tratado por la casi generalidad de los estadistas y sociólogos. Necesito acudir a un investigador imparcial Malinowski, cuyas opiniones responden a la observación directa de hechos fundamentales que reaparecen modificados en las civilizaciones avanzadas. El mencionado etnólogo formula en este orden de ideas las siguientes observaciones que coinciden con las de otros científicos de su misma especialidad: "Todos los problemas de gobierno y el uso de la fuerza política se dan como opuestos a la organización cultural en una comunidad. Es el problema de Estado versus Nación. Un previo análisis antropológico puede proporcionar una plena comprensión de lo que significa nacionalidad como opuesta a ciudadanía, lo cual es la esencia del nacionalismo, tal co-



Sócrates: la cultura se perpetúa fuera de las aulas

mo aparece a lo largo del último siglo y medio de historia. Esto pondría de manifiesto que la nacionalidad es principio mucho más antiguo y fundamental que la organización política de un sistema policial, una tribu-estado o un imperio. Mostraría también que la autonomía cultural de nuestras nacionalidades modernas acaso se enriqueciera y vitalizara con la limitación de la soberanía política, especialmente en cuanto se refiere a la autodeterminación militar del Estado". "Estoy de acuerdo completamente con los resultados del análisis del profesor Lowie, en su libro sobre el origen del Estado, en el sentido de que aquellas agrupaciones políticas están ausentes entre las culturas más primitivas, accesibles a la observación etnográfica. Allí existen, sin embargo, agrupaciones culturales". Coincidentemente con el dictamen de Malinowski es el de Spranger: "El mayor peligro para un Estado portador de cultura es la masificación de los hombres. Lo mismo como masa homogénea que como masa que sirve de instrumento a ciegos poderes del destino, la masa carece siempre de conciencia. Si se asegura por la libertad política la libertad de la persona, aun quedan dos cosas por hacer: la primera es de naturaleza político-técnica, y por ello no más importante que toda técnica en la vida. Si entendemos por constitución libre una democracia, necesita ésta los métodos buscados siempre desde Rousseau para sacar a la luz la verdadera "volonté génerale". Pero esto significa: la lucha de los programas culturales que rivalizan entre sí y que aparecen en la forma de partidos y eventualmente también de Estados, tiene que realizarse en forma pacífica. Para ello hay diferentes caminos posibles. Sobre esto han de reflexionar los políticos. La segunda es de naturaleza ética y por eso de urgente importancia. La más bella democracia no sirve de nada si los hombres no viven según su conciencia o, quizá, si no tienen conciencia alguna. Aun con una técnica muy definida de la formación del poder, no se puede remediar la enfermedad si ataca a la vida política. Hay que educar para la vida de conciencia, para una política fundada moralmente. Cómo se hace esto, deben pensarlo los educadores".

Si los educadores no forman parte de la política en servicio de los enemigos de la cultura, para formar parte de las falanges indisciplinadas creadoras y destructoras de valores. Y en verdad no es ésa la tarea ni el propósito realista de la enseñanza oficial, que utiliza la cultura, la condiciona y administra conforme a su programa de gobierno. La enfermedad que la cultura sufre en nuestro tiempo tiene, sin ninguna duda, una de sus causas en el poderío desmesurado de los Estados. Su síntoma externo más perceptible es que impone una obediencia política al educando, como ser capacitado que ha de servir en adelante a los mismos planes que a él lo han configurado. Y estas reflexiones convalidan la opinión de que la cultura (la alta, media y baja, pues sólo hay una para cada nación) se genera, transmite y perpetúa fuera de las aulas, en la escuela de la vida, contra la que están alertos todos los órganos que sirven al Estado contra el individuo, a las instituciones contra la sociedad. Intentarlo a fondo les costó la vida a Sócrates y a Giordano Bruno. Encuadrado bien concretamente en este marco el problema, debo reproducir algunos párrafos decisivos del estudio de Spranger en el citado opúsculo: "La industria exigía extraordinarios progresos de la técnica, y esta técnica produjo al mismo tiempo los medios técnicos más perfectos de destrucción. En contra de los tranquilos ideales de Herbert Spencer, la gran industria ha destruido del modo más grave el equilibrio de la cultura". "No cabe sustraerse a la impresión de que la cultura europea no ha vuelto a estar propiamente sana desde la marcha triunfal de la industria que comenzó a más tardar a principios del siglo XIV aun en el continente. La gran industria trajo consigo al gran capitalismo, y éste tuvo como consecuencia la miseria social. La industria produjo la desmedida extensión de la economía mundial, y por mucho que se nos asegure que los intereses económicos unen a los pueblos, lo único que han hecho es desencadenar guerras".

La situación que los gobiernos dictatoriales plantean a los pueblos, en cuanto se relaciona con la cultura popular, es muy complicada. Por una parte restringen la libertad de adquirir y difundir cierto tipo de cultura que entienden desfavorable a sus designios políticos, y por otra infunden coactivamente la vigencia obligatoria de un tipo de cultura dirigida que cohonesta esos designios. Todavía no se ha legislado la implantación de un tipo de cultura de fuste correlativa a los adelantos del orbe industrializado, es cierto; pero de hecho se han ido colocando al margen de las formas de pensar consentidas por los regímenes de fuerza. El monopolio de los órganos difusores de cultura prácticamente ha consumado un sacrificio más lesivo, haciendo obligatorio el uso de valores nominales representativos de la cultura, como lo hizo con el papel moneda. La cultura quedó equiparada al dinero, además, por un sinnúmero de circunstancias, no impuestas por decreto sino resultantes del contexto de la vida social; expuesta, por consiguiente, a experimentar las fluctuaciones de la inflación monetaria lo que equivale a decir a la pérdida intrínseca de su valor efectivo, no conservando sino el valor compulsivo de una mercadería de monopolio. Ese tipo de cultura no es programada por los institutos fiscales encargados de la enseñanza, que simplemente se limitan a condicionarla y controlarla; sus contenidos sustanciales y sus formas de cultivo y propagación continúan siendo patrimonio de las naciones. Les basta el voto de las formas que no coordinan con el espíritu de la empresa de gobierno y la aplicación de sus limitados medios de protección policíaca y pecuniaria a los órganos adscritos al Estado. Esto es evidente tomando en consideración la enseñanza universitaria o superior. Por lo demás, sólo para un sector muy reducido de la población realmente culta de un país bajo tales condiciones, es sensible la desvalorización de la cultura de calidades, pues en los grandes números la población analfabeta o semialfabeta prosigue su standard de vida sin déficit.

La alta cultura nunca fue patrimonio de los pueblos; más bien ha sido índice superior revelador de su organización como un todo autónomo, confirmando justamente una noción de distancia o alejamiento entre el hombre superior y la masa. De ahí que todavía en los pueblos prealfabetos se exprese un tonus vital más que un tonus espiritual en sus culturas. De modo que si se considera la civilización occidental como un status, la cultura puede aun descender a grados muchísimo más bajos sin detrimento para el funcionamiento regular de su maquinaria. Hasta es posible que lo que hemos entendido hasta hace poco por cultura carezca de aplicación útil en una clase de organización de la vida social, cuyo automatismo sólo requiere un tipo de conocimientos prácticos de medición, extraños a una axiología propiamente dicho.

Es perceptible que a la primera fase de consolidación de los gobiernos fascistas correspondió una enconada lucha contra la cultura: la quema de libros la expulsión de los representantes del saber de afinación, el confinamiento a círculos cada vez más cerrados de los eruditos e investigadores, considerados como bizantinos y heterodoxos. Más tarde la eliminación y excomunión se produjeron por medios rutinarios, imponiéndose con beneplácito de los semialfabetos un tipo de cultura manufacturada que entraba ya a participar de las características propias de las mercancías standardizadas. Era una nivelación según comunes denominadores, para lo que habrían trabajado de consumo tanto los iconoclastas políticos y religiosos como los amostradores de juventudes. Cooperaban en llevar los bienes del espíritu a los puestos del mercado y a las cantinas del cuartel.



Herbert Spencer y las ciencias sociales



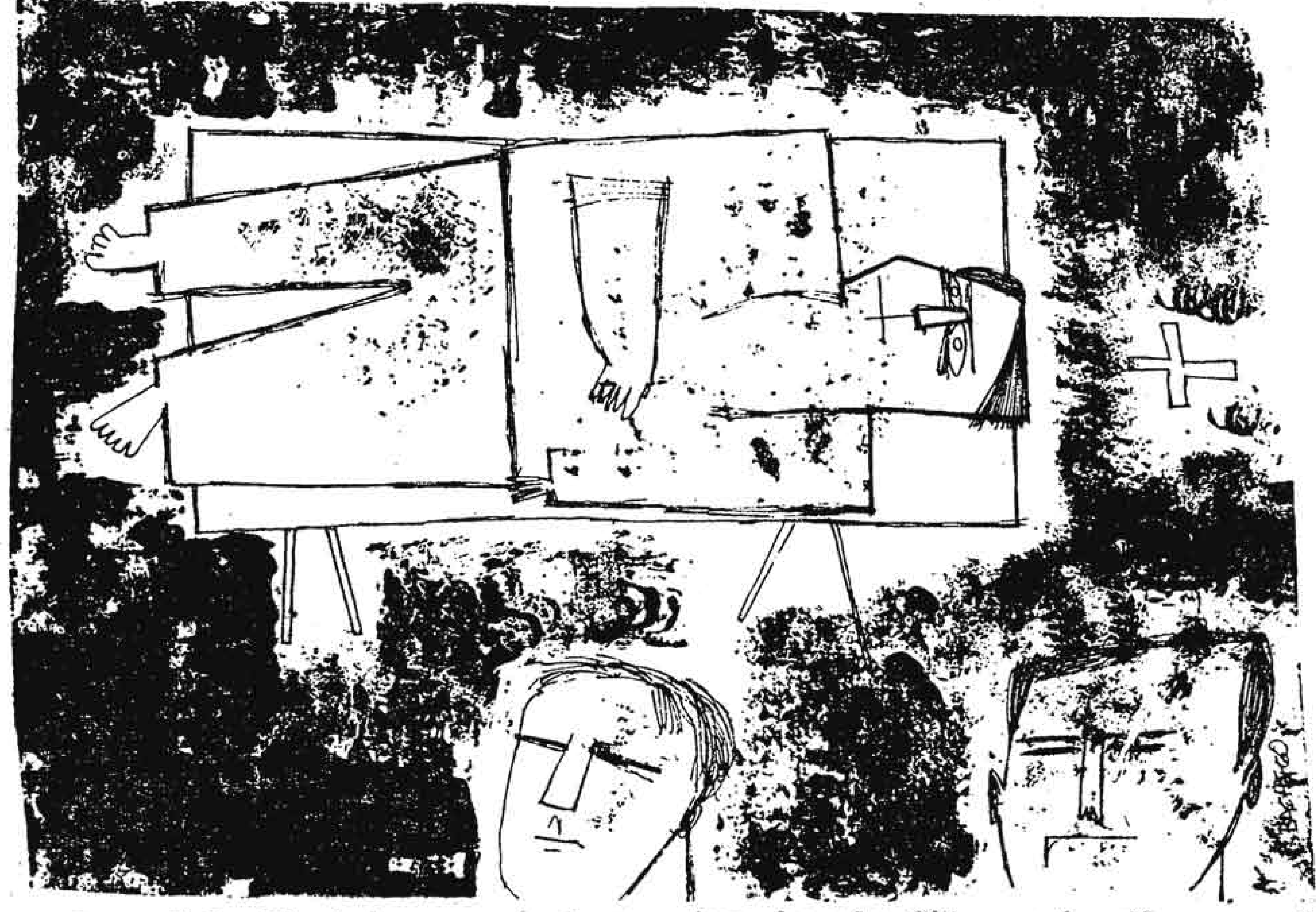
"...quienes se han ocupado de la educación del pueblo han pensando... en una clase inferiorizada de educación..."

cuentos de j. m. lópez valdizón

UN HOMBRE QUE NO PODIA DORMIR

Dejen dormir... se los repito sólo dormido encuentro consuelo. ¿Me entienden? Ahora no estoy para oírlos. Cállense por lo que más quieran... La noche les pellizca la lengua a los habladores.

Me hace daño la falta de reposo. Enfermo de alucinaciones. De veras..., me vienen los dolores a la memoria... Esos dolores de alma que quiero olvidar. En cambio, dormido, me siento otro. Voy a dar al mar de la risa, donde todos los llantos desembocan. Por algo les pido que se callen. Quiero estar en paz de la noche. En esa quietud ciega que nos devuelve a lo que realmente somos. No es necesario que lo explique. De sobra lo saben. En la iglesia, donde recogía mi dolor, pudieron verlo. No se los oculté. Rezaba con mi rosario de lágrimas. Es cierto. Jamás lo negué. Ustedes me salvaron pero no sigan martirizándome por eso. Ya se los agradecí lo suficiente. Me devolvieron la tranquilidad al espíritu. Lo reconozco. De lo contrario estuviera ahora lejos, lejos, del otro lado de la vida. Y se los dijo el cura: "Ahora, perdónenlo como lo



perdono yo". Lo dijo al clavar sus ojos en ese crucifijo que está en la repisa, sobre mi cabeza.

Sé bién que moriré. El cura también lo dijo. Ustedes dirán ahora que no por mera hipocresía. Mas, así lo dijo él antes de irse al diablo llevándose todos los secretos de mi vida para su remordimiento.

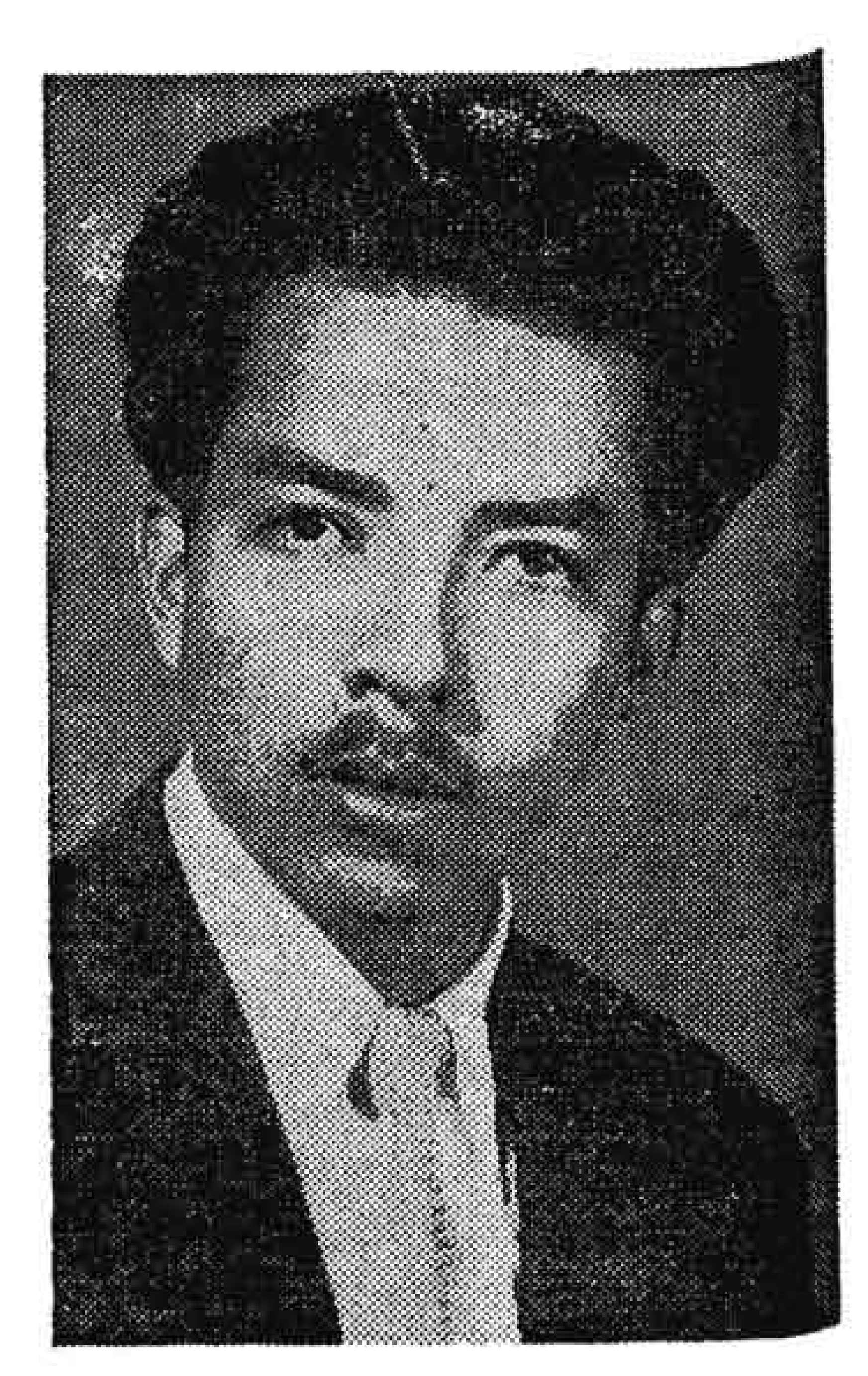
Según el cura yo no sabía nada. Por eso vaciló cuando le herí los ojos con el pedernal de mis ojos. Se fue poniendo pálido y me gritó: "¡Animal, te irás al infierno de cabeza!" ¡Mejor no se lo hubiera desembuchado! Por la mollera cruzó mi duda como sombra de pecado. ¿Y si no fue él? ¿Y si no fue él? Me sentí flojo. Eso que me lo confesó la Domitila antes de alumbrar ese hijo de nadie que nos deshonra.

¿Oyeron los zancudos? Eso parecen ustedes con su cuchicheo necio. Mejor recójanse entre sus ponchos y no hablen más. Miren que en la noche debemos cerrar los ojos para ver nuestro corazón. Todas las noches hay q. mirarlo para asegurarnos de que palpita. Por eso la noche es oscura. La luna, por muy pocos vista, es solamente para los enamorados. Sin esa gracia en el cielo no se encontrarían las manos para buscarse en el deseo la simiente de los hijos. A mi hace tiempo que se me acabó. Ya no tengo luna. No la veo aunque cierre los ojos; no la veo aunque deje caer todas las hojas secas de mis entristecidos párpados.

Duérmanse. Mañana será otro día para ustedes, para mí, otro dolor. Dejen que ruede el mundo, que nadie lo detenga en su camino. Ni el cura, con todo y sus milagros, tiene derecho a eso. Y que me vaya yo no es muestra de que se esté acabando. El mundo siempre será mundo. Lo mismo les he dicho siempre. No lo olviden, por lo que más quieran. Mañana volveré a repetírselos. Los antepasados lo repitieron sin cansarse: El mundo siempre será mundo.

Bueno, ¿y ustedes por qué no le alegaron al cura ese? ¡Pobre la Domitila! ¿De quién será su hijito? Lo malo es que ahora sí hablan, hasta por los codos. Cállense mejor. ¿No se cansan? ¡Hasta parece que rezaran!

Cuando iba a llegar el cura a mi catre se los pedí: "Que no venga ese, háganlo por ustedes muchachos locos. Al cielo, al infierno o al purgatorio que vaya, no los olvidaré. Recuérdenlo. "Abajo de la luna estaba yo —les dije—, y entonces vinieron ustedes chillando hasta por no dejar. Chillando en vez de reírse del gusto de nacer". Así les dije para que no trajeran al cura. Todavía me acuerdo. Y me acuerdo porque ustedes son educados y saben ganarse su guacal de frijol y sus tortillas con chile. Siempre fueron obedientes y me quisieron mucho, lo se, pero no me atormenten ahora con su habladera en letanía; ya hasta parece que repitieran la pasión del Nazareno; aunque no es posible que se les haya quedado el manuscrito de tanto oírme repetirlo para Semana Santa. Yo tardé cuarenta años en aprenderlo. Se lo oí al abuelo, se lo oí a tata y se lo oí al tío Braulio durante cuarenta años. ¡Cuarenta años! Créanme que he tenido mucha devoción por recitar las siete horas que demora uno en decir toda la pasión del Nazareno. Pero no hubieran traído al cura porque yo no quería. Por primera vez no me obede-



"LA INJUSTICIA SOCIAL INSPIRO MIS CUENTOS"

—Entrevista con José María López Valdizón, Primer Premio de Cuento en el Concurso de la Casa de las Américas.

Por Oscar Edmundo Palma

(Servicio Especial de PRENSA LATINA)

Cuando José María López Valdizón vino a la oficina de Prensa Latina de Guatemala la noche del 1o. de este mes, para confirmar la noticia sobre el Premio que obtuvo en el concurso literario continental de la Casa de las Américas de La Habana, lo primero que dijo fué: "No lo puedo creer, estoy desconcertado ante esta fenomenal noticia"... Pasaron varios minutos, y López Valdizón —con varios libros bajo el brazo— no habló más. Leía y releía la noticia. Pero lo que menos hacía era leer. Pensaba disimuladamente. En su rostro moreno y en sus gestos sencillos se dibujaba la gran emoción. Como un niño contento cuando recibe un regalo. Después, ya calmado, habló pausadamente:

—Nunca imaginé siquiera... Sólo envié mi libro como una modesta y sincera colaboración al movimiento cultural auspiciado en Cuba por la Revolución. Realmente me costará trabajo salir del asombro que me causa este gran éxito en mi vida de escritor al servicio del sufrido y heróico pueblo guatemalteco

José María López Valdizón nació en la población indígena de Rabinal, provincia de Baja Verapaz, en junio de 1929. Se graduó de maestro en la Escuela Normal Central para varones de Guatemala, en 1951, ingresando posteriormente en la Facultad de Humanidades. Formó parte del Grupo Sakerti ("amanecer" en lengua cakchiquel), organización de jóvenes escritores y artistas que fué prohibida durante el gobierno de Castillo de Armas. En 1951 fundó la revista "Uleu" (que en quetchí significa "tierra") y más tarde fué director del periódico regional "Surco Nuevo".

Pero en 1954, a la caida del gobierno de Arbenz, López Valdizón tuvo que exilarse en El Ecuador, en donde estuvo dos años, estudiando en la Facultad de Humanidades de Guayaquil y trabajando para la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Al volver a Guatemala fundó la Unión de Escritores y Artistas de Guatemala y la revista "Presencia", de la cual es director. Pasó también a formar parte del directorio de "Revista de Guatemala", al lado de los más prominentes intelectuales guatemaltecos. Los libros que ha publicado hasta el momento son: "Rabinal" (monografía, 1.51), "Sudor y Protesta" (cuentos, 1953) y "La Carta" (cuentos, 1958).

—¿De qué tratan sus cuentos premiados, López Valdizón?:

—De la vida y de la muerte, y se llaman así, "Cuentos de la Vida y de la

Muerte". De la vida en cuanto ésta significa la más grande esperanza del hombre. De la muerte, como un hecho ineludible que corta la vida, a veces en el momento más prometedor; razón por la cual hago que mis personajes no pierdan con la muerte su vitalidad, sino que se prolonguen en el esfuerzo de sus semejantes hasta alcanzar sus grandes anhelos, interrumpidos por el odio y la maldad de sus enemigos, siempre representativos del oscurantismo, de las fuerzas represivas de la sociedad.

Una pausa, y continúa:

—Estos cuentos los escribí en frío. Con el hielo quemante del odio en las venas. Yo no soy un resignado, sino un rebelde. Indudablemente todos estos cuentos van ligados a mi propia vida y a la vida de los campesinos, con quienes he sufrido el escarnio del dolor desde la infancia. La injusticia social los inspiró, sugiriéndome uno a uno los temas. Porque quiero que mi pueblo viva, que reaccione ante la iniquidad, y que vivo derrote a las fuerzas regresivas de la muerte.

—¿Y cómo juzga usted estos cuentos premiados?

—Son doce y creo que son mejores que mis anteriores, a decir de algunos amigos que los conocieron antes de su envío al concurso continental de la Casa de las Américas. Personalmente los considero raros. Los protagonistas por lo general son gente sencilla, en situaciones complicadas. La gente de las aldeas guatemaltecas, que vive en las peores condiciones que uno pueda imaginar: muertos en vida, aunque con la esperanza de construir un futuro digno de vivirse.

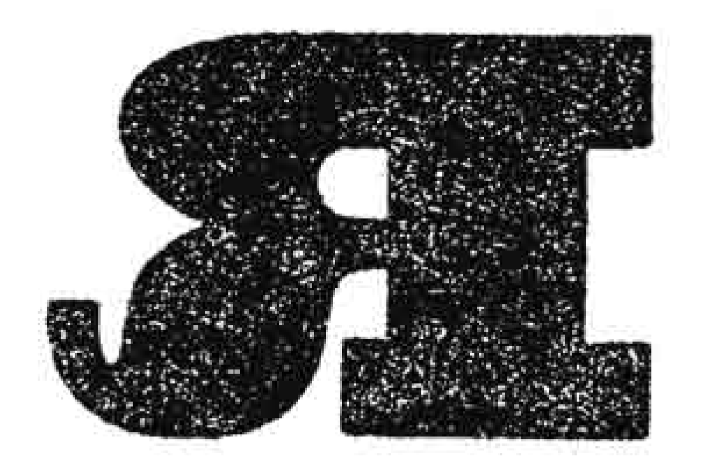
Ahora hablamos de proyectos inmediatos. Porque López Valdizón es un escritor incansable. Trabaja todos los días para publicaciones guatemaltecas y extranjeras; estudiando la cultura nacional y universal; preparando nuevas obras literarias. He aquí lo que dice al respecto.

—Proyecto escribir una novela sobre la revolución guatemalteca, interrumpida en 1954 por las huestes mercenarias de Castillo Armas. Entonces todos los valores de Guatemala fueron al exilio, en el cual aún se encuentran muchos. Tengo en mente también una novela sobre la vida del intelectual americano, tan llena de angustias, por ser uno de los entes más odiados por las perennes tiranías castrenses que nos ahogan. Por lo demás, creo necesario escribir un libro sobre mi vida de paria (de exilado). Casi lo he terminado ya. Se llamará "Diario de un vendedor y otros cuentos".

Finalmente, José María López Valdizón formula el siguiente mensaje para Cuba y los escritores de todo el continente:

—A la Casa de las Américas de La Habana va mi saludo ferviente, deseando que sus éxitos realmente correspondan a la vida de la nueva Cuba. A los escritores del continente, les envío mi aliento entrañable y mi llamado para que se mantengan en su puesto de combate en estas horas que estamos viviendo y para que sepan llevar su responsabilidad histórica y aprovechen toda oportunidad de engrandecer a sus pueblos.

—Es necesaria una literatura que diga la verdad por sobre todas las cosas. O el intelectual busca la vida o representa su negación. Yo siempre estaré con quienes buscan la esperanza hasta en las horas más negras de nuestra vida. El futuro —como reza el lema que adopté como pseudónimo en este concurso— es de los libres y los justos.



cieron. El es buena gente, no me opongo a lo que todos dicen, pero a nada vino. Si uno se ha de morir, entre menos molestias mejor. Al fin y al cabo nos volveremos tierra. Nos volvemos polvo y en polvo nos perdemos entre las nubes de tierra que vivimos respirando para no ahogarnos por falta de aire. Por esto les he dicho que los antepasados están con nosotros, que los respiramos en el aire y los comemos entre el maíz y los oímos en el grito de todos los animales, cuando los animales lloran, ríen o platican. Todo se vuelve alimento. Todo es para que nosotros perduremos. Pero no hubieran traído al cura. Al verlo entrar me sentí hecho hárganas. Me asusté. Y no fué pequeño el susto. También eso me dió sueño. ¿Para qué se llevó a la Domitila a su cocina? La pobre niña se perdió en el camino. Lo se. Por eso lo culpo. El mundo mundo es. No por otra cosa me quiero dormir. Hace rato que les estoy rogando que se callen. Se bien que sólo dormido me entra el sociego. Por bien se los vengo pidiendo, ya saben que no me gustan los regaños. Si tienen mucho que contarse mejor guárdenlo para mañana. Las mujeres, con ser tan habladoras, se duermen a penas miran el catre; su sueño es dormir. Y ustedes que son hombres, al menos deben entender porque lo pide su tata. Al tata hay que entenderlo. Yo nunca he dejado de comprenderlos a ustedes. ¿Oyeron? ¡Hagan silencio! ¿Oyeron? Ya casi me espantaron el sueño. Me hace daño no cerrar los ojos. Me vienen esos dolores que quiero olvidar.

¡Cállenseeeee! ¡Cállenseee! No oyen, O no hacen caso. Siguen como si nada, habla que habla. A ratos hasta parece que bebieran guaro, café o ponche de melocotón. Y huele mucho a flores de suquinay. Creo que de veras están rezando. Lo que más me molesta son las estrellas; estas cuatro estrellas que me rodean como candelas de velorio. Hace calor. No me siento en paz. Seguro que estoy metido entre un estrecho cajón de pino. ¿Me habré muerto ya? ¿Estaré muerto ya?... Nunca podré saberlo. ¡Nunca! ¡Nunca!

MI HIJO NACIO DIFUNTO

No se por qué mi hijo nació muerto. Cuando más lo deseaba vivo llegó difunto. Tal vez adivinó mi probreza o mi pobreza lo mató. ¡Hubiera visto usted cómo caracoleaba antes del alumbramiento! ¡Hasta parecía retozar sólo de sentirme cerca! Con las dos manos en una oreja yo lo molestaba con caricias. El se estremecía del gusto. Pataleaba en el vientre de mi Candelaria como si somatara el zaguán de su propia casa... Pero ya ve usted, nació muerto y su dolor es mi dolor. Por eso me embriago desde la fiesta de San Isidro. Y hasta quiero morirme. Si yo vivía por sus pataleos, y por él me hice bueno. Pregúntele a la gente que pasa por el camino real. Todos le darán razón de mí. Le dirán seguramente que Cirilo Corazón fué bueno desde chiquito, y que deseaba tener un hijo. Pero ya ve usted, mi hijo sólo murió; sólo murió sin nacer. Y esto es peor que si yo mismo hubiera muerto. Piense y verá: los hijos son retoños de la vida; a medida que se nos desgarran las ramas de la vida con los sufrimientos, necesitamos retoñar para seguir viviendo. ¡Maldición! Pero cuando se nos truenchan los retoños antes de nacernos... Véalo y piense, que no es para menos. La muerte realmente mata.

La buena de mi Candelaria lo dijo: "La



"De los 67 libros de cuentos presentados al Concurso Hispanoamericano convocado por la Casa de las Américas, cuatro de ellos, a mi juicio, se destacaron desde un principio como premiables, y cinco libros más me parecieron dignos de figurar en un segundo plano. De aquellos cuatro libros que llamaron mi atención, cualquiera de los mismos era merecedor del primer premio, pues todos tenían calidad suficiente para alcanzar ese galardón continental. Pero era necesario seleccionar uno y, por ello, me fue preciso tener en cuenta una serie de circunstancias especiales que me permitieran discernir justamente, en mi honrado criterio, cuál de ellos era en algún aspecto superior a los otros, de acuerdo con las bases y los propósitos del Concurso.

Fue así como seleccioné el titulado "Cuentos de Vida y Muerte", del que resultó ser autor el joven escritor guatemalteco José María López Valdizón, de quien no conocía ni un solo trabajo literario: ni su propia existencia incluso. Dicho libro es, evidentemente, para mi criterio, un gran libro de cuentos: por su fondo, por su forma y por su unidad. Escrito con esa difícil facilidad, esa sencillez y concisión de los buenos escritores maduros, el libro de López Valdizón revela un amoroso dominio del idioma, tanto en sus descripciones —sumarias, poéticas, directas— como en su diálogo —ágil y preciso—, en el que los modismos regionales sugieren el ambiente geográfico sin caer en jergas o jerigonzas localistas. Su técnica es sencilla, desenvuelta e inesperada. En dichos cuentos acostumbran a plantearse situaciones, absurdas en principio, que al final resultan perfectamente lógicas y reales, con toda la acción girando alrededor de diálogos que lo dicen todo en su naturalidad y en su candor. Magia, poesía y realismo son tres palabras que pueden calificar exactamente a estas narraciones de López Valdizón que, en ocasiones, recuerdan la manera de hacer del mexicano Rulfo, de quien se nota, sin duda, su influencia.

Es, por otra parte, un libro genuinamente americano —centroamericano—; no por lo que de selva, indio, imperialismo y plátano puedan tener sus páginas, sino por la calidad humana de los entes de ficción que por allí desfilan, y por ese trasfondo elemental y complicado, lírico y bárbaro, comedido y desmesurado de esos pueblos jóvenes, alegres y tumultuosos, en pleno período de sedimentación, pero que en el fondo de sus almas tienen todavía a un indio viejo e inexpresivo, extranjero en su propia tierra, que no quiere decidir nada, ni sumarse a nada ni comprender nada.

El libro de López Valdizón, que insinúa más que denuncia, que sugiere más que define, tiene un entrañable valor humano, medido en almorzadas de sangre y cal de huesos. Sus personajes alientan y se mueven dentro de una especie de fanal —una atmósfera irreal, fantasmal casi— sin que por ello dejen de ser entes que lloran y ríen, blasfeman y rezan, suspiran y escupen... Seres que esperan y desesperan para volver a esperar y a desesperarse. Es decir, hombres.

Esa calidad humana —americana—, unida a ese su estilo terso y sencillo y a esa trabazón insospechada y lógica de todas las narraciones que componen el libro, fué lo que me decidió a proponerlo para el primer premio. Los otros tres libros que merecieron que los recomen-

se para su publicación, y que estimo igualmente dignos de premio, fueron seleccionados también por los restantes miembros del Jurado de que formé parte. Por tanto permítaseme la pequeña satisfacción vanidosa de subrayar esta coincidencia. Era la primera vez que actuaba como juez en un concurso literario. Yo, que asistí como concursante a muchas competiciones de esta clase, tomé a pecho eso de hacer a los demás lo que siempre deseé que los demás hiciesen conmigo: justicia. Habré podido equivocarme en mi fallo, pero estoy satisfecho por haber actuado honesta y lealmente de acuerdo con mi criterio. Más que juez quise ser justo. Ante mí, al menos, lo he sido".

ANTONIO ORTEGA

muerte me está naciendo. La helada muerte me arde en llamas". La pobre no lo había imaginado. Ella sólo se reía cuando yo jugaba con nuestro hijo. Esperaba nomás parirlo para que creciera entre los ayotes. Créalo. El sol es testigo de los sueños que tejimos en el rancho oyendo el picoteo de los pájaros en los naranjales. Pero ya ve usted, la alegría no se hizo para la gente que vive sufrimiento.

El día del casamiento todo fue flores. Hasta la risa de mi Candelaria olía a jacarandas. Ella estaba tan bonita que me encendía el corazón mirarle los ojos. "Ahora sí tendremos nuestro hijo", le escurrí en secreto cuando salimos de la iglesia. "Ahora sí", me dijo ella. Y con sus palabras sentí que me corrió la sangre igual que si yo fuera montaña, porque cuando llueve la montaña retumba de vertientes igual que retumbé yo entonces.

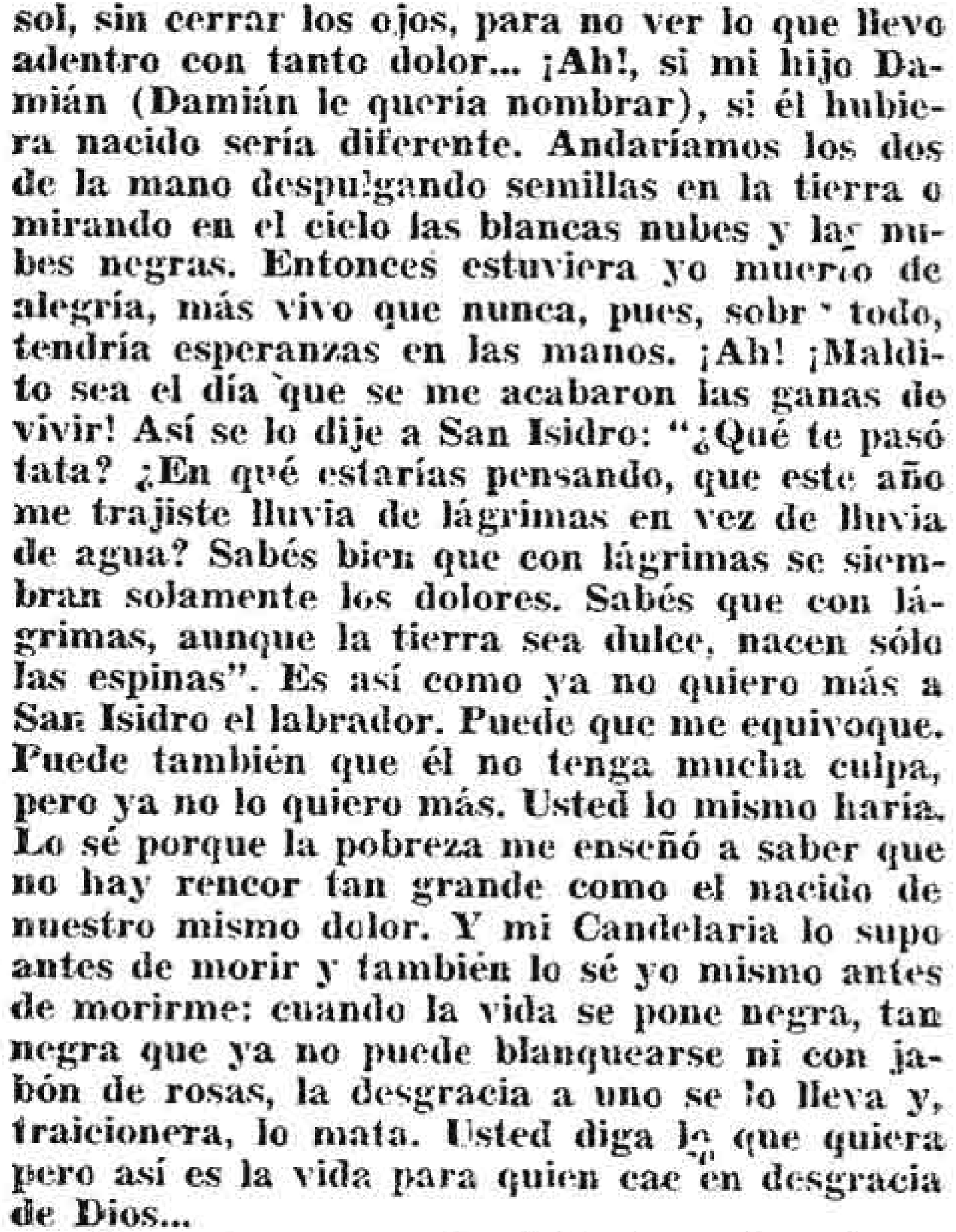
"Mirá, vos Cirilo —me dijo Timoteo, mi tió abuelo—. Cuando las pepitas blancas de los ojos de la mujer son azul tierno de agua, como la Candelaria tiene las pepitas de sus ojos, entonces la mujer es pura". Y muy cierto, en los negros ojos de mi Candelaria había dulzura de miel de abejas. Pero... ¿ahora qué? ¿Qué he de hacer ahora? ¿Acaso no mira que mi Candelaria cerró esos ojos para siempre? ¿No mira acaso que le nació la muerte y no la vida? No lo ve...

Desde entonces ya no soy bueno. El guaro me consuela el corazón, pero así soy ya malo. Ni trabajo ni duermo; sólo me quiero morir.

Por eso me embriago con la luna y con el







sol, sin cerrar los ojos, para no ver lo que llevo adentro con tanto dolor... ¡Ah!, si mi hijo Damián (Damián le quería nombrar), si él hubiera nacido sería diferente. Andaríamos los dos de la mano despulgando semillas en la tierra o mirando en el cielo las blancas nubes y las nubes negras. Entonces estuviera yo muerto de alegría, más vivo que nunca, pues, sobre todo, tendría esperanzas en las manos. ¡Ah! ¡Maldito sea el día que se me acabaron las ganas de vivir! Así se lo dije a San Isidro: "¿Qué te pasó tata? ¿En qué estarías pensando, que este año me trajiste lluvia de lágrimas en vez de lluvia de agua? Sabés bien que con lágrimas se siembran solamente los dolores. Sabés que con lágrimas, aunque la tierra sea dulce, nacen sólo las espinas". Es así como ya no quiero más a San Isidro el labrador. Puede que me equivoque. Puede también que él no tenga mucha culpa, pero ya no lo quiero más. Usted lo mismo haría. Lo sé porque la pobreza me enseñó a saber que no hay rencor tan grande como el nacido de nuestro mismo dolor. Y mi Candelaria lo supo antes de morir y también lo sé yo mismo antes de morirme: cuando la vida se pone negra, tan negra que ya no puede blanquearse ni con jabón de rosas, la desgracia a uno se lo lleva y, traicionera, lo mata. Usted diga lo que quiera pero así es la vida para quien cae en desgracia de Dios...

La enfermera se inclinó sobre el paciente para tomarle el pulso.

—¿Por qué habla tanto el loquito, doctor?

El médico la miró con extrañeza, se aderezó los anteojos y sonrió displicente:

—Me extraña que no lo sepa. Así son los dementes cuando recobran su juicio... quieren hasta morirse.



Voté a favor del poema "Dios trajo la sombra", por las razones siguientes: 1.— Es un poema americano, que tiene por tema el impacto de la cultura española en la indígena, cuando Perú es conquistado por Pizarro. 2.— Es un poema político, en el que se señala la nefasta asistencia clerical a la crueldad del conquistador con el indio. 3.— Es un poema de fluida factura, en que lo poético únese a lo prosaico, como anduvo unido en los bárbaros tiempos de la penetración española en América. 4.— Es un poema "difícil", aunque no imposible. Recuerdo en este punto unas palabras de Ehrenbourg sobre El Bodegón, de Lam: "A mí no me gustan los cuadros que se comprenden a la primera ojeada. Un cuadro, un buen cuadro, por supuesto, debe ser desmenuzado y digerido lentamente..." Todas las razones anteriores se resumen en una: Porque (aun teniendo en cuenta influencias literarias evidentes) me pareció el mejor poema de cuantos me fue dado examinar, es decir, el mejor libro, y ello de acuerdo con mi cultura y mi formación literaria, como ha ocurrido, ocurre y ocurrirá siempre con cualquier jurado.

Dicho lo cual, añado lo siguiente: detesto los certámenes, concursos y juegos florales; jamás he concurrido a ninguno. Detesto los premios literarios, la flor natural y las menciones honoríficas o premios de consolación. Creo que ningún jurado puede imponer una obra al pueblo, si éste la rechaza; sólo el pueblo es consagrador. Sin embargo, acepté el honor de ser miembro de uno de los jurados en esta competencia literaria, porque no podía, ni debía, negar mi modesto esfuerzo al de la Casa de las Américas y de su Directora, señora Santamaría, en los momentos de reconstrucción espiritual que vive nuestra patria.

NICOLAS GUILLEN



VOTOS Y VATES

por virgilio piñera

En una primera reunión que tuvimos, Guillén me dijo: "No sé cual será tu parecer, pero pienso que de acuerdo con el momento revolucionario cubano lo ideal seria encontrar un libro de poemas que exprese este momento. Además, como el Concurso ha sido convocado por la Casa de las Américas, ¿qué cosa mejor que premiar al poeta cuya obra tenga un contenido americano?"

Tal confidencia no me tomó por sorpresa; más todavia, la esperaba. Si Guillén hubiera manifestado otro parecer habría negado su propia obra, habría negado su filiación politica, su ideologia, e igualmente habria negado que es hijo de esta parte de Latinoamérica.

Me pareció atinado su punto de vista a condición de que el poema elegido reuniese lo revolucionario y lo artístico, como es el caso en los poemas, por ejemplo, de Maiakovski o Bertold Bretch.

Benjamin Carrión (otro de los miembros del Jurado de Poesia) iba más allá: no sólo estaba de acuerdo con el parecer de Guillén sino que rechazaba toda poesia fundamentada en la poesia misma. Asi llegó a proponer un libro que contenia un canto a Norteamérica, que no prosperó porque el propio Guillén le hizo ver el evidente fraude poético del mismo. Sin embargo, no se sintió defraudado. *Dios trajo la Sombra* —libro premiado— no sólo era de su gusto, no sólo respondia a su concepción política, social y económica de la poesia, pero además correspondía a un compatriota.

Por mi parte, este libro, el del Canto a Norteamérica y otros semejantes me parecieron sencillamente música de programa. Si es que necesariamente hay que servir a una causa, ¿qué causa servían ellos? Pienso que a ninguna; en definitiva rebajaban lo social y politico a la pura gratuidad; lo americano a simple color local, y lo poético a puro derroche verbal.

En cuanto a lo del contenido americano es la eterna excusa que tenemos a flor de labios para justificar lo literariamente injustificable. Sin duda Latinoamérica es el continente de la amabilidad. Estos son los resabios de aquella época amable, vácua y de notable flojedad cultural que fué el Modernismo, y, sobre todo, el Post-Modernismo. En aquella época Latinoamérica comulgaba toda en el altar de los Juegos Florales La literatura era tan sólo un amable pretexto para esos Juegos, y también para asistir a congresos, para darse grandes abrazos y para hacer todo género de cosas menos las dedicadas al pensamiento. Bastaba ensalzar a este continente para darse carta de naturaleza literaria. Sin exagerar la nota se puede decir que un escritor latinoamericano es tan sagrado como la vaca para los hindúes.

Con el decursar del tiempo se impuso la literatura social, lo cual está muy bien, pero conjuntamente el escritor que no participara en esta cruzada sé veía tildado automáticamente de oveja negra del rebaño. Es decir que por ensalzar y preconizar los valores del arte dirigido se empalidecía todo aquello que no tuviera su fundamento en el mismo. Y si no se empalidecía, si se llegaba a reconocerlo era a base de una aplastante superioridad del arte dirigido sobre el arte sin consignas. En otras palabras, puestos a escoger entre un libro con "contenido americano" y otro sin ese contenido, la elección tendria que recaer forzosamente en el primero. Esto explica la elección de Guillén en el presente caso, a la vez que pone de manifiesto una contradicción de su parte. ¿Me refiero a su elección, para Accésit, de un libro situado en las antipodas de *Dios trajo la Sombra*, es decir el libro de Fayad Jamis —*La Cerveza del Viento*— que se emparenta sensiblemente con *Poesia, Revolución del Ser* (Baragaño) texto propuesto por mi para el primer premio, y que a Guillén le résulta poéticamente ineficaz.

Volviendo ahora al contenido americano; el autor del libro objeto del premio, desliza la siguiente nota: "*Dios trajo la Sombra* integra un ciclo de poemas que tratan de interpretar el espiritu americano, desde sus origenes hasta hoy, a través de sus luchas y victorias por la libertad".

Es decir, con esta declaración el autor nos mete de lleno en la música de programa. Al mismo tiempo nos pone por delante a la intocable Latinoamérica y, de hecho, se convierte él mismo en un intocable. Esto recibe el nombre de golpe de efecto, y no otra cosa, juzgo yo, qué puro efectismo es ese poema, hecho a base de lugares comunes de largas y tediosas enumeraciones sobre la epopeya de los pueblos americanos, con palabras supuestamente poéticas y, sobre todo, de meter al lector por los ojos la exaltación de lo americano, extremo éste que por si mismo representa una competencia desleal para los poetas que no recurren a expediente tan conmovedor.

No es un azar si toda música de programa juega siempre sus malas pasadas. Baudelaire las sufrió cuando por encargo de un norteamericano escribió ese poema detestable que se llama *Le Calumet de Paix*, que rompe la admirable unidad poética de *Las Flores del Mal*. Pero el pobre Charles estaba en aquellos días "a court de argent", y le podemos perdonar este pecadillo. En cambio, ¿podremos perdonar su música de programa a *Dios trajo la Sombra*?

Entonces propuse que el premio se declarase desierto. Si poetas como Baragaño, Fayad Jamis, Pablo Armando Fernández, si otros libros de poetas latinoamericanos eran dejados de lado, me pareció que premiar *Dios trajo la Sombra* significaba premiar precisamente la antipoesía. Se me dirá que soy un soberbio y que pretendo que mi verdad sea la única verdad. De acuerdo, pero con una sensible diferencia: que yo no postulo el hecho poético desde lo social y politico, desde lo pretendidamente americano sino desde la poesia en si misma, por si misma y para si misma.

Desde esta posición me pareció *Revolución del Ser* el libro de mayor eficacia poética entre los doscientos ochenta y tres presentados al Concurso. ¿Y por qué más eficazmente poético? Sin otros presupuestos que los de la poesia, Baragaño va integrando en los distintos poemas de su libro algo sin lo cual la Poesia, el Arte todo, no seria más que mero discurso. Es decir, una concepción del mundo —los hombres de su tiempo, los conflictos, las contradicciones, las posibles salidas a esas contradicciones— y lo que es de mayor importancia, asumida desde el delirio poético y sin conexión alguna con los modos lógicos de pensamiento. Acaso por ello es que Sartre en *Qué es la Literatura* excluye al poeta de la llamada literatura comprometida. Claro está, el poeta, como ser humano que es, también está comprometido, pero de ahi a estarlo con un programa, con una consigna a priori media una distancia verdaderamente astronómica.

No proponia yo a Baragaño basándome en esa ironía de poca monta que algunos me han mandado a decir, de que él es nuestro Rimbaud, y su libro: *Las Iluminaciones*. Si creyera esto estaría formando en las filas de los que defienden lo americano por que si: "es preciso a toda costa tener nuestro Rimbaud cubano y nuestras cubanas *Iluminaciones*". En cambio, lo propuse por la sencilla razón de que me vi frente a un verdadero poeta. Cuando en 1955 Baragaño publicó su libro *El Amor Original* escribi que el poeta se limitaba a tocar irreprochablemente las obras del repertorio surrealista. Y añadia: "Claro que para leer y repetir al modo virtuoso a los grandes poetas, se necesita ese primer talento de repetir bien que todo joven artista debe poseer como antesala del talento creador. Baragaño tiene este primer talento y creemos sinceramente que en no lejana fecha podrá tocar obras de su propia cosecha".

Estas mismas palabras las reproduje en mi artículo *El Caso Baragaño* (Lunes de Revolución) con motivo de su poema *Himno a la Muerte*.

¿Qué me llamó la atención en este Himno? Pues que el poeta había dejado de mirarse en otros poetas para quedarse solo con él mismo. He ahí lo verdaderamente poético de *Revolución del Ser*: un hombre encontrandose a si mismo, y, por tal encuentro con el resto de los hombres, que se reconocen en esa cara. En suma, ¿qué afirma Baragaño en su libro, por medios estrictamente poéticos y huyendo siempre del ditirambo como un barco huye de la tempestad? Pues la afirmación del hombre, la revolución del ser: las conquistas sociales, las salutiferas revoluciones, y también ese vertiginoso abismo sobre el cual siempre estamos suspendidos.

En una palabra, y si de utilidad hay que hablar, me pareció de mayor utilidad para Latinoamérica el libro de Baragaño. Admitiendo que *Dios trajo la Sombra* resulte útil siquiera sea por lo ancilar de su contenido, *Revolución del Ser* por el hecho mismo de postular al hombre que vive en nuestro tiempo, por sacar a libre plática el alma de este hombre, resulta de mayor utilidad y eficacia poética. Estimo que ahi radica la importancia de dicho libro. Por eso lo voté.



DE "DIOS TRAJO LA SOMBRA"

j. enríquez adoum

ESTIRPE DE CONQUISTADOR

prólogo

El bello animal del sueño ya en desuso. Mas la vigilia
no adelgaza al corazón, oh corazón sin tregua
cincuenta años tartamudo con dos sílabas de sangre.

Mañana puede ser el último día, mañana
pueden mis huesos añadirle a las plantas
el maleficio inmemorial del hombre
muerto.
Y bajo la baja noche
el aire, bajo el aire la armadura,
abajo la piel herida siete veces
por la flecha salvaje. Y bajo
la lila cicatriz yo me pregunto
como si le averiguara su secreto al charlatán.

No era sólo la aventura. El hogar es una prisión y la cárcel
otra forma de certeza. Pero hay negocios
que uno pacta sin querer consigo,
y no se puede ir gritando: Mirad,
no tengo padre, el Gran Capitán
olvidó a la moza criada de las freilas,
no tengo más apellido que el robado
con su gota de semen; no me resta
de mi infancia sino el áspero quejido
de una gorda; no aprendí más juego
que el de secarme con arena el llanto
y dormir con la leyenda del ausente
heroico en lances de trincheras y cama.

Yo buscaba nacer sin errar el aposento,
sin equivocar otra vez mi estirpe:
buscaba alguna tarde en que volviera
a golpear el aire sin que tras él
se me preguntara quién eres, dónde
andabas, en dónde está la bestia
que extraviaste, por qué
te llamas así.
¿Debería
decir entonces: Las preguntas
hicieron mi destino, las preguntas
siempre cambian y entorpecen el destino?
¿Debo señalar con un dedo de rencor antiguo
las regiones, y explicar: El Golfo
fue conquistado sólo porque el padre
no me nombró en su testamento, la mancha
forastera en la playa por las noches
hurtadas al amor para seguir soñando,
el puñado de esmeraldas por culpa
de los camastros en que me desvelaba
la testarudez de mis tres reales?

Hablo del Conquistador, ex-porquerizo, que no sabe leer ni escribir, endeudado, adulterino. (Medio siglo desde el primer paso torpe por el polvo de la aldea, hasta el Mar Tenebroso,
temiendo y anhelando, como en un libro
de láminas nocturnas, la Bahía
de los Gigantes, la Isla de la Pimienta)

Y todo a causa de la jorobada de la feria: "Tirarás el oro apuñados, pero teme a dos personas: la una con el ojo
gris, la otra con el ojo negro". Todo
debido a las interrogaciones sobre el nombre
que mi madre aprehendió para mí entre sus
muslos.

Países del segundo día, creación inacabada, húmedos,
sin tiempo para secarse todavía. Y el habitante
puro como el sitio, adolescente: cráteres, espumas, agresión de la flor cuyo aroma entorpece y secreta un ácido para quemar bajo la piel el alma; temblor del arenal
trasladado a puro viento, diurno
gemido del vendaval atravesando piedra pómez
(¿espuma dura? ¿roca de hueso? ¿hueso seco?).
Y los seres más dulces de la tierra, con una habla
líquida, apta para convencer a dios y a la doncella.
Pero sé que el desnudo no es humano, que no hay
piedad para quien viste collares
en vez de camiseta.
Cuando el heroico primo
descubrió la terrestre joyería
(y yo al servicio de alguien que nunca
había sido más que trinchador de casa ilustre),
decidió desmantelar el templo, saquear
la inmensa cueva del fulgor: estambres
del metal, goterones del rubí cayendo
desde la fría piel de la turquesa.
Yo anduve en la espesura
abriéndole a las hojas su secreto, buscando
sitio para el pie pero también
para soñar conmigo, y ser aquél
que no fui, y que ahora traducía
el lenguaje arrugado de los cocodrilos.
Pero iba atrás,
siempre a sueldo de sólo
una moneda.
(Cuando vimos el Mar bajo la Cruz del Sur, Balboa no dejó acercarse a nadie sino a su perro, y después de hundirse nos llamó testigos: "Sed testigos, testigos de que yo tomo posesión de estas aguas, y de todas las tierras que ellas bañan y todos los mares, tierras, riberas, islas, me pertenecen". Y del botín territorial
tampoco me tocó nada, y del mar
sólo su látigo de yodo, apenas
su reconocible sal diseminada).

Pero yo veía ya el sitio del tesoro, como
marcado por una cruz: el Sur era una estrella
despedazando su oro contra el suelo, playas
de oro en harina, mar que la luna parte
con su cuchillo de oro tibio, y un monarco dorado
en mitad de una selva de amarilla fortuna,
y ríos que atropellan recuas de oro. Yo podría
llenar los toneles, los cofres, las ácidas
bodegas de la nave para mí, para mí, para
mí solo, porque amo su resplandor, creo
en el milagro de su resistencia, en las promesas
con que su frío me convence. Ah los viejos
rencores que cuidaba para sobrevivirme:
también yo
era un Conquistador, cultivando hortalizas
en el istmo: tristísima lechugas
mi soldada (y ya los otros fabricándose
collares de perla oscura los pezones), yo
combatiendo a la alcachofa y sus cuchillos.

Pero a mí me esperaba el teritorio de la fama.



DE "POESIA, REVOLUCION DE SER"

josé a. baragaño

ESCRITO CONTRA MI

*¿Y esto que es el hombre
Me perderé y lo perderé de vista?
Y esto el hombre
Que tanto amo que lo pierdo de vista
Grandes como son mis ojos y su imagen
La palabra habla la palabra
Garantía de muertes minerales
En mis manos que no escriben
Escapan una sombría vena en el papel
Como su oído lleno de palabras
La palabra palabra
Reventando las fibras
En el centro del alma
¿De qué me alejo? ¿Qué digo?
Si he perdido lo dicho
En la palabra
¡Que no muera el invierno
Ni la sombra del mundo
En la palabra!
¿Y esto que es el hombre
Derramado como un aceite
Corriendo hacia su destrucción?
Lo condeno
Descuartizado por las fechas
Y los duendes de soga
En las manos
Los pies
En los sexos
En los tiempos oscuros
En que escribo sin verlo
Esto que es el hombre lo toco
En mi hombre
Sustantivo y escribiendo
Sin sentencia de muerte
Con los nervios ulcerados
Con los caños del sueño
Con los dedos sangrando
Con el tiempo podrido de la muerte
Esto que es el hombre que soy
No lo estoy escribiendo
Sangrando
En la palabra palabra
Cuando escribo sin verlo
Ya perdido de vista
De la luz de los ojos
De las membranas rojas y abiertas
Que la droga del terror ilumina
La palabra palabra
Repitiéndose secamente
En las fracturas del alma*

*En los desgarrones
En el tuétano
En la flor de la esperma
En los tiempos oscuros en que escribo sin verlo
Y esto que es el hombre que soy
¿Quién me lo salva?
Arpón talado en mi columna
Vertebral rompiéndose en el aire
En el oído de la flor de los muertos
En el cataclismo sin nombre de los vivos y los muertos*

*Este vivir sin cuerpo
Este vivir sin nombre
Repetido en espejos
Espaldas de mujeres
Orillas de espuma ratráctil y amorosa
Este hombre que soy no es acaso el hombre
Hecho a mi terror a mi semejanza*

*Escrito en mi palabra destruído en mi palabra
En mi hombre de huesos de ceniza
En mi hombre de vida de perro
En mi hombre de verdad y de miedo
En mi hombre torturado y vejado
En el fondo de naves bajo lámparas
Es mi hombre clavado contra el ser
Es mi ser clavado contra el hombre
De uñas y pelos
De caries en el sueño
De excremento y humo
De soledad y estrellas
De ratones salvajes
Y lámparas de aceite
Es mi hombre del alma
Desnudo en palabras
Maltratado en aceite
Hervido en esperma
Contra cuerpos contra piedras
¿Y esto que es el hombre
No lo digo en lo vacío y lo pleno
En el horror del hombre
Que es horror del vacío y lo pleno?
Ahora que escribo sin verlo
Le marcho y lo destruyo
Lo recibo y despido
Más vasto que su semejanza
Y su imagen que se pudre
En mi hombre y no mi dios
De pelos de uñas
De venas de fracturas
Dolores esperanzas
Palabras trizadas por el viento
Mi palabra palabra*

*Es mi hombre de huesos de hombre
Es mi hombre de fiebre amarilla
Es mi hombre acorralado por el ser
Es mi ser derramado sobre el hombre
Es mi horror del hombre que soy
De su libertad rota de su tiempo de muerte
En su esqueleto de ave derruída
Por la droga del ser
Por la violencia de la materia densa
Como su palabra
Y esto que es el hombre*

*Quién me lo salva
Me perderé y lo perderé de vista*

*Pendulando exorcizando
Materias y terrores
Este hombre que soy se disipa
Ahora que escribo contra mi muerte
Ahora que lloro lo que escribo
Con huesos y con sangre*



*Este hombre que soy
Pesa más mi imagen y semejanza
En la palabra palabra
En el fuelle del pulmón y la esperma
En los huesos desgarrados
En el verbo en el hombre
En la sangre en vilo
En el ojo de su materia*

*Este hombre que soy quién lo salva
Lo perderé de vista
Contra su hora
Huesos sangre y médula de esperma
Lo perderé de vista.*

LISTOS PARA

o
r
r

LA FIESTA

n
é jordán

Como a las nueve de la noche, vinieron a buscarme. Habían abierto un nuevo Bar de mucho ambiente, allá por Luyanó, y se estaba formando un grupo.

—¿Y quién lo forma? —pregunté desganadamente.

Roberto recibió la pregunta como si fuera una grosería y la repitió para medir el alcance de la ofensa y decidir si había que pelearse con alguien.

—¿Qué quien lo forma? Pues que sé yo. Gente.

Por supuesto: gente. Vamos otra vez a aburrirnos hasta las tres la madrugada. Es criminal cómo estamos malgastando estas noches, cuando debe haber por ahí caminos y surcos y simientes y rayos de sol y todas esas cosas laborales y puras, llenando el mundo y las poesías progresistas. Es criminal lo que estamos haciendo con las noches.

—Espérenme —le dije a Roberto.— Me voy a tirar algo por arriba.

Mientras me tiraba por arriba un cuello alto de tario hasta que cerraron la Universidad y ahora vegetaba por la Bibliotecas, leyendo libros de teatro y ensayando obras profundísimas ante el espejo de su casa particular y, según la Calazzi, ante espejos iluminados en rojo de otras casas no tan particulares. Eter se llamaba Etelvina, aunque no se enteró hasta después de escapar del cascarón que la prohijó.

En su barrio la habían llamado siempre Estervina y ella se lo había dejado decir, porque sonaba a medicina extraña de dos pesos el pomo. Después se le había pegado y lo llevó a dar ella también como su nombre, excepto en cosas como matrículas y cédulas y otros asuntos en los cuales se asume una identidad solemne y documental, casi inexistente por otra parte.

Luego, al deslizarse por el mundillo teatral, volvió a llamarse Etelvina en los programas y Eter para los amigos.

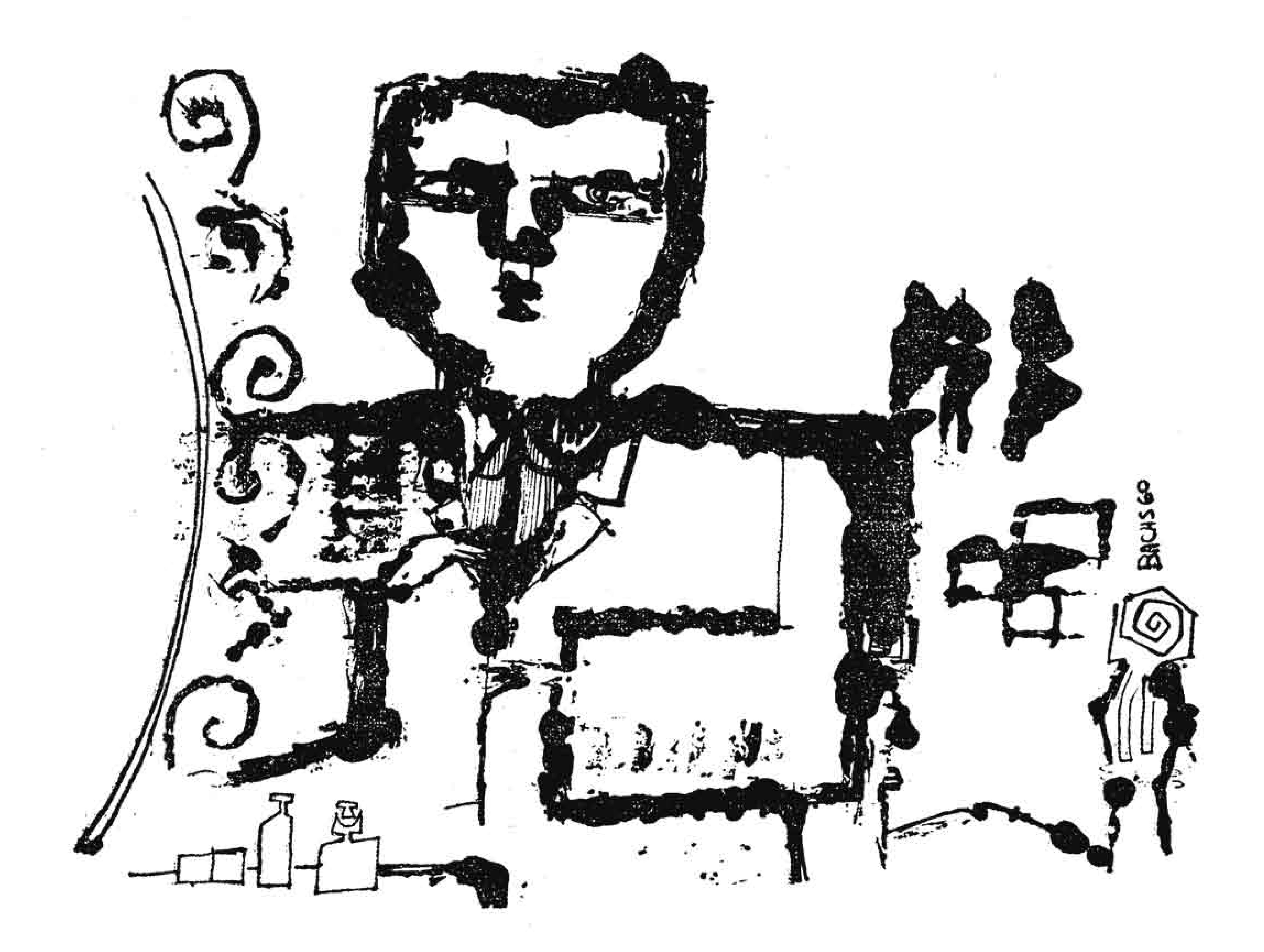
—Eter, me embriagas como el éter —dijo Roberto al subir al automóvil, firmando su escritura de propiedad por una noche, al envolver los hombros huesu- jeroglífica e impenetrable, a fuerza de jamás decir nada que entendieran ella o sus interlocutores.

Estebita, que no había atendido a la conversación, suspiró con aire de falso agotamiento:

—Oigan, no hablen más de tumbas, que esto parece un cementerio ambulante.

Tenía razón. Allá afuera, en la calle, todavía no eran las diez de la noche, pero era como si fueran las tres de la madrugada. La Habana era una ciudad que se moría pronto, más pronto cada día. Ultimamente le había dado por agonizar a las ocho, entrar en estertores a las nueve y pedir calladamente los Santos Oleos a las diez. A las doce apestaba y de madrugada yacía insepulta y pulverizada, con un fino polvo de muerte antiquísima, flotando impalpable en las calles vacías.

En total, éramos seis en el ataúd con ruedas. Delante iba manejando Roberto, separado por Eter de Estebita, un jovencito esquelético que escribía obras de teatro vanguardista y gozaba del misterioso prestigio sexual que rodea a los asexuales no descubier-



presilla y una corbata de seda italiana y un saco de cuatro botones, los observé por el espejo. Todos estaban como de uniforme y por un momento me dió risa y luego, súbitamente furia: yo también me estaba poniendo el uniforme.

—¿Es bueno el Bar?— indagué por encima del nudo de la corbata.

—No sé —me dijo alguien con una voz de "todos tenemos"—. Pero no importa. Ponte bien. Si es bueno, no desentonas. Y si es de medio pelo, llamamos la atención.

Afuera nos estaba esperando el automóvil de Roberto, con Eter delante y la Calazzi detrás, eternamente separadas por un muro que ahora, por casualidad, era visible. Eter era alumna del Teatro Universi- dos de Etelvina con un brazo señorial y posesivo.

—El éter no embriaga. Tumba —sentenció Arturo, desde el asiento trasero.

—Ella también me tumba, ¿verdad, Eter?

Eter se sonrió secretamente, con esa habilidad suya para fingir que poseía profundidades inexplorables en su alma, aunque en realidad era superficial como el papel de china. Y seca, de contra. Y arrugada, un poquito alrededor de los párpados.

—Eter no tumba a nadie —dije yo, para sacarla compasivamente del aprieto de una conversación que ella no podía seguir exactamente.

—No, querido. Hay vistas que tumban cocos —susurró Eter con esa incongruencia enigmática que la había convertido en exótica orquídea conversacional, tos. Detrás iba Arturo, que escribía poesías y cuentos sobre campesinos y arados y vacas, fumaba tabacos para demostrar su virilidad en un mundo equívoco y oteaba displicentemente el horizonte, por encima de un poblado bigote que él se imaginaba de prócer atormentado, aunque era realmente de carnicero venido a menos. En medio del asiento trasero iba Licia Calazzi, una escritora de profesión anti-gubernamental, que cobraba una botella en un Ministerio. E iba yo, que ahora que me acuerdo, no era nada.

El capitán del grupo, por supuesto, era Roberto, porque era el dueño del automóvil y porque poseía un sexto sentido sabueso para rastrear el aburrimiento de los demás, apoderarse de su ocio y convertirse en sanguijuela estéril, dedicada a chupar la sangre

Virgilio Piñera —él fue el cuarto jurado del tribunal que juzgaba la calidad de los cuentos; los otros fueron Antonio Ortega, Miguel Angel Asturias y Lino Novás— debía haber dicho que el premio que recibió "Cuentos de vida y de muerte" no fué unánime, que él había votado por un libro de cuentos cubano, que ese libro se llamaba "La Angustia del sábado", que su autor es René Jordán y explicar por qué había votado por "La angustia del sábado", de René Jordán. Pero ahora, cuando ustedes lean "Listo para la fiesta" sabrán por qué exactamente Virgilio Piñera, el cuarto jurado, creyó que "La angustia del sábado", el libro de que este cuento forma parte, de René Jordán, mereció el premio del concurso de cuento de La Casa de las Américas.

de gentes como nosotros que, como se podía ver a simple vista, no teníamos sangre en las venas. Pero claro, era cuestión de metáforas: nuestro vacío debía tener un dulce tufo para Roberto; nuestra calma abúlica era un signo de sangre de horchata y él nos la sorbía no ya con los colmillos, como los poco higiénicos vampiros demodados, sino por medios más sutiles y antisépticos. Siempre me hacía sentir como si yo fuera un depósito repleto de sangre dulce y cuajada, y hasta en mis momentos más imaginativos, después del cuarto whisky, descubría en sus mejillas chupadas una leve crispatura de succión.

—Este Bar está donde el Diablo dió las tres voces —protestó Arturo con voz de bajo profundo en trance de regurgitar.

—Al que no le guste, se apea —susurró Roberto desde el timón, con la seguridad implacable de que Arturo no perdería el chance de capturar dos o tres tragos gratuitos, aunque fuera al otro lado de la ciudad.

Eter, en su sitial de honor, murmuró:

—Caballeros, no hay un alma en la calle.

—Alma en pena —bombardeó Arturo desde su envoltorio carniceril.

—¡Mi madre! —maulló Roberto— ¡Qué inspirado está todo el mundo esta noche!

—Todo es tan cartaginés... —exclamó emocionada Eter. Ella había querido decir "cartesiano", pero como ninguna de las dos palabras venía bien, el disparate huyó por la ventanilla en la esquina de los Cuatro Caminos y cuando la Calazzi quiso lanzarse a escudriñarlo ya había quedado dos cuatras atrás.

La Calazzi no era la única que notaba las severas limitaciones de Eter pero era la única interesada en desenmascararla. Etelvina le discutía la supremacía femenina sobre el grupo y ella se resentía sordamente. Además, se había enterado por Roberto de que Eter sospechaba que ella era lesbiana y esto la ofendía mucho, aunque quizás le hubiera molestado menos de saber que Eter contaba lo mismo de todas, parte porque lo creía sinceramente, en su ansias de fabricarse un mundo "cartaginés", y parte porque esta acusación había pasado a ser una moderna defensa de las feas contra las bonitas en la sociedad postfreudiana.

Y la Calazzi era bonita. No tanto como para hacerse enteramente tolerable, pero bonita de todas maneras. Desgraciadamente, había nacido de padres italianos radicados en Cuba. Y su nombre sonoro la obligaba a buscar una vida intelectual y sonora que justificara al mundo las esperanzas infundadas que habían caído sobre ella en la pila bautismal. Se llamaba Licia Calazzi y estaba condenada por el Registro Civil a andar a la deriva con un grupo de seudointelectuales, rumbo a un incierto bar de Luyanó.

La atmósfera del automóvil era densa, porque Arturo, Estebita y la Calazzi fumaban, porque Roberto dictaba que los cristales debían ir casi totalmente cerrados y porque esta era una de esas noches —cada vez más frecuentes— en que todo el mundo se odiaba desmesuradamente. Por las esquinas vacías deambulaban transeúntes cansinos, escudriñando la lejanía en espera del salvoconducto de un autobús y bajando delicadamente los ojos cada vez que pasaba una perseguidora, para ni siquiera ofenderlas con la mirada. Era usual que la gente la sonriera tontamente a los automóviles, con ingenuas expresiones de "Yo no fui". Viviendo bajo el signo del "por si acaso", La Habana era un Carnaval de buena voluntad histérica.

Dentro de la máquina, por supuesto, no era necesario fingir tanto. A cada rato uno intentaba inaugurar una conversación, con arrojo de cristiano ante las fieras del Circo, pero rápidamente los demás corrían a cortarle la retirada y a darle la impresión de su afirmación tímida había atrasado por lo menos en una década el desarrollo de la cultura universal.

Estebita quiso hablar de teatro, para lucirse con su fuerte, pero Roberto lo silenció pontificando que en Cuba no existía Teatro. La Calazzi comenzó a relatar un complicado chisme de pintores y poetas, pero ya todos lo sabían con más detalles que ella. Arturo, el más valiente, se aventuró a anunciar lúgubremente que en Santiago de Cuba habían asesinado como a 20 personas en ese fin de semana.

Inclinándose sobre el timón, Roberto susurró dramáticamente:

—Cuidado con Arturo, que a mí me han dicho que es confidente.

Por un instante pareció que iba a hacerse un silencio ominoso y todos corrieron a taparlo urgentemente, con risas teatrales, todo laringes y úvulas. Tabaco en ristre, Arturo se defendió caballerescamente, entre una lluvia de cenizas: era mejor que se dejaran de esas gracias, porque esos juegos eran muy pesados.

Las risas arreciaron y luego se extinguieron dejando un sedimento: ¿Sería verdad lo de Arturo?... Porque, como estaba todo, ya no se podía confiar ni en su madre y...

Eter partió en dos el silencio:

—Dicen que hay 35,000 —afirmó con su eterna devoción por los grandes números, contraída en el Instituto, después de ganar su único sobresaliente en un examen (copiado) de Matemáticas.

—¿35,000 qué? —indagó, petulante, la Calazzi.

—Chivatos —aclaró Eter.

E inmediatamente Eter se fue por la ramas de los interminables árboles genealógicos que le daban sus frutos de noticias: la prima hermana de un concuño de su tía le había dicho que...

La Calazzi fumaba nerviosamente, exhalando con rabia el humo porque sabía que a Eter le hacía daño para la voz. Esta noche nada salía su gusto: Eter estaba dominando la situación y para ella no quedaba otro foco mortecino de atención que la rodilla de Arturo, enviándole mensajes musculares que ella contestaba con desmayada telegrafía sin hilos, cada seis o siete cuadras. A Eter —pensaba la Calazzi— hay que ponerla en su lugar rápidamente.

—Hay mucha gente que no puede hablar —espetó Licia con un retintín insidioso que Eter no contestó, porque no comprendía exactamente la naturaleza de la acusación de la Calazzi y prefería esperar pasivamente su "Hábeas Corpus" que habría de llegar, indefectiblemente, antes de que terminara la noche. Arturo, por su parte, retiró su rodilla mensajera, porque pensó que a lo mejor la Calazzi se refería a sus silenciosas avanzadas amorosas. Instantáneamente se hizo examen de conciencia, se pronunció inocente y volvió a deslizar la rodilla en el vacío.

Estebita y yo nos arrellanamos a servir de espectadores y Roberto Decidió tomar de oficio la defensa de Eter. En el silencio expectante, la Calazzi optó por no avanzar, pero sí mantener su posición. Afirmó de nuevo, con el tono impersonal de los horóscopos:

—Hay gente que no puede hablar.

—Sí, los mudos —comentó Roberto.

Todos rieron de nuevo la risa de utilería, menos la Calazzi. Ya se sabía que la pelea de la noche estaba concertada. Roberto había aceptado el reto de la Calazzi en defensa de Eter. Arturo, apostándole el futuro, estaba por Licia. Estebita, por espíritu de cuerpo entre perros vapuleados, estaba por Eter. A mí me tocaba el rol de árbitro, que de inicio me divirtió, pero luego me irritó al descubrir que todos me interesaban tan poco que hasta el hecho de tomar partido me resultaba profundamente fatigoso.

El tumulto de la próxima esquina me sorprendió aún mentalmente en calidad de juez, tratando de pesar justicieramente los patéticos ojos perrunos de Eter contra las pantorrillas nada desdeñables de la Calazzi. Ante el automóvil, al doblar en ángulo recto, se nos encimó un grupo de unas 25 o 30 personas que se congregaba en círculo abierto y temoroso en derredor de algo que, de momento, no pudimos ver. Bajo las suelas de los zapatos sentimos tremar el piso del auto y todos frenamos inconscientemente, en solidaridad espiritual con el tobillo de Roberto.

Estebita bajó el cristal de su ventanilla y como yo no hice ademán de bajar el mío, la Calazzi se inclinó sobre mí, se apoderó de la manecilla e hizo rodar también el cristal de atrás, a tiempo para oír la voz desincorporada, pero marcial y reconocible, de un policía que nos ordenaba:

—Circulen, circulen, que aquí se acabó el show.

El show, a lo que pudimos ver por entre las piernas de los curiosos, era algo así como un cadáver pulposo y desvencijado, que yacía tirado al desgaire junto a un poste, como un bulto de ropa sucia olvidado en plena calle. Con verdadera intuición de velorio próximo, el público congregado ya había comenzado a hablar en susurros cómplices, a intercambiarse miradas y codazos y todo ese dialecto de funeraria, anticipadamente trasladado a la improvisada capilla ardiente de una acera mojada.

Tan pronto como había hundido el pie en el freno, Roberto lo hundió en el acelerador y no nos quedó más que aquella impresión alelada y momentánea, aunque Arturo, la Calazzi y yo tuvimos además la visión fugitiva del velorio callejero que desaparecía por el cristal de atrás, a 50 kilómetros por hora, hasta que de pronto lo perdimos de vista en el vértice de otro ángulo recto, dos cuadras más allá

—¿Qué sería eso, tu? —preguntó Arturo, a nadie en particular.

—Un matado —afirmó Eter, con su devoción lingüística por los participios pasados.

—Esa gente está acabando —aventuró Estebita, pero instantáneamente se acordó que había una sospecha no aclarada colgando sobre Arturo y se apresuró a agregar.— Esos guagueros tienen un cementerio para ellos solos.

La súbita y providencial solución de Estebita fue recibida por todos con un suspiro de alivio: después de todo, la fiesta no tenía por qué ser un fracaso. El Bar nos esperaba y el whisky nos serviría de bálsamos, siempre que tuviéramos la fuerza suficiente para ignorar lo que habíamos visto, para borrarlo radicalmente de la conciencia. Sólo con los ojos cerrados podíamos seguir existiendo. La Calazzi se lanzó por la brecha de Estebita y afirmó doctoralmente, midiendo las sílabas con la lengua:

—Fue un poste de la muerte. Eso mismo: fue un poste de la muerte.

Ella hacía mucho tiempo que no salía a pasear y no quería que aquel muerto extemporáneo le salara la noche. Pero el rencor contra Eter pudo más que su resolución y aprovechó el silencio para agregar:

—Eso le enseñará a mucha gente lo que está pasando aquí.

Eter reconoció que era una indirecta, porque el tono era abiertamente hostil. Y reconoció también que la indirecta era para ella, porque el resto de los pasajero eran del sexo masculino. Pero en su inhabilidad de ir más allá de lo concreto, ató la acusación a los "postes de la muerte" y se enfrascó a buscar en su prolífico árbol genealógico alguna conexión culpable con los Omnibus Aliados o la Compañía de Electricidad.

Un sólo hecho era cierto: prácticamente a nuestros pies habían matado a un hombre y por primera vez lo habíamos visto, sin posibilidad alguna de engañarnos a nosotros mismos. Al fin estábamos atrapados y éramos parte de una situación exterior, que había penetrado las paredes metálicas de nuestro automóvil, nuestra coraza. Roberto callaba mirando el cuentamillas y obligándose a pensar que mañana tenía que llevar el carro a engrasar. Estebita callaba y pensaba que sobre esto había que escribir algún día una obra de teatro. Eter callaba y pensaba que su primo que era teniente en el interior si que era muy buena gente y no sabía que estaba pasando esto. Arturo callaba y se angustiaba imaginando por qué no le acababan de dar la residencia en la Embajada americana, para salir de aquí lo más pronto posible. La Calazzi callaba elucubrando cómo iba a contar mañana, en su visita mensual al Ministerio, su heroísmo al bajarse del automóvil para protestar enérgicamente que aquello era un crimen. Yo callaba contando del 100 al uno, como hacía cada vez que intentaba dormir inútilmente desde hacía muchas noches.

Pero el muerto estaba entre nosotros y ahora lo único que nos quedaba averiguar era si el whisky que íbamos a tomar lo haría descender al fondo de nuestra subconsciencia o si el cadáver iba a flotar, insumergible, toda la noche sobre nuestras cabezas.

La Calazzi suspiró apasionadamente y declaró:

—Este asunto me ha revuelto el estómago.

—Y a mí también —coincidió Eter.— Tengo un salto horrible aquí.

Se apretó una región indeterminada entre sus dos pechos fláccidos, como tratando de paralizar con sus dedos un nuevo corazón, gástrico, supernumerario y díscolo, que le había empezado a latir por dentro.

Varias cuadras más allá, percibida en la distancia, ululó la sirena de una perseguidora. Eter, víctima de un ataque de súbito catolicismo, se persiguió equivocadamente de derecha a izquierda, solmodiando "Ave María Purísima".

Roberto, en su silencio, pensaba si las gomas habrían pasado por encima de la sangre, si estarían manchadas y se mañana, cuando sacara el carro, iba a tener una prueba física e ineludible de que aquello había ocurrido. Arturo, que le había pasado un brazo confortador por encima de los hombros a la Calazzi, me tocó delicadamente en el hombro con los dedos, para que su hazaña sexual no cayera en el Infierno de Desatención de los exhibicionistas.

Detrás de nosotros, la sirena de la perseguidora seguía su canto repelente y obsesivo, incapaz de atraer, embrujar y destruir navegantes.

—¿Por qué les llamarán sirenas —dije—. ¿Qué diría Lorelei de la comparación?

Estebita miró con el rabo del ojo al sospechoso Arturo. Pero su chiste secreto le pareció tan ingenioso, tan intelectual, que pudo más la vanidad que el miedo y lo lanzó:

—Lorelei está detenida en el SIM.

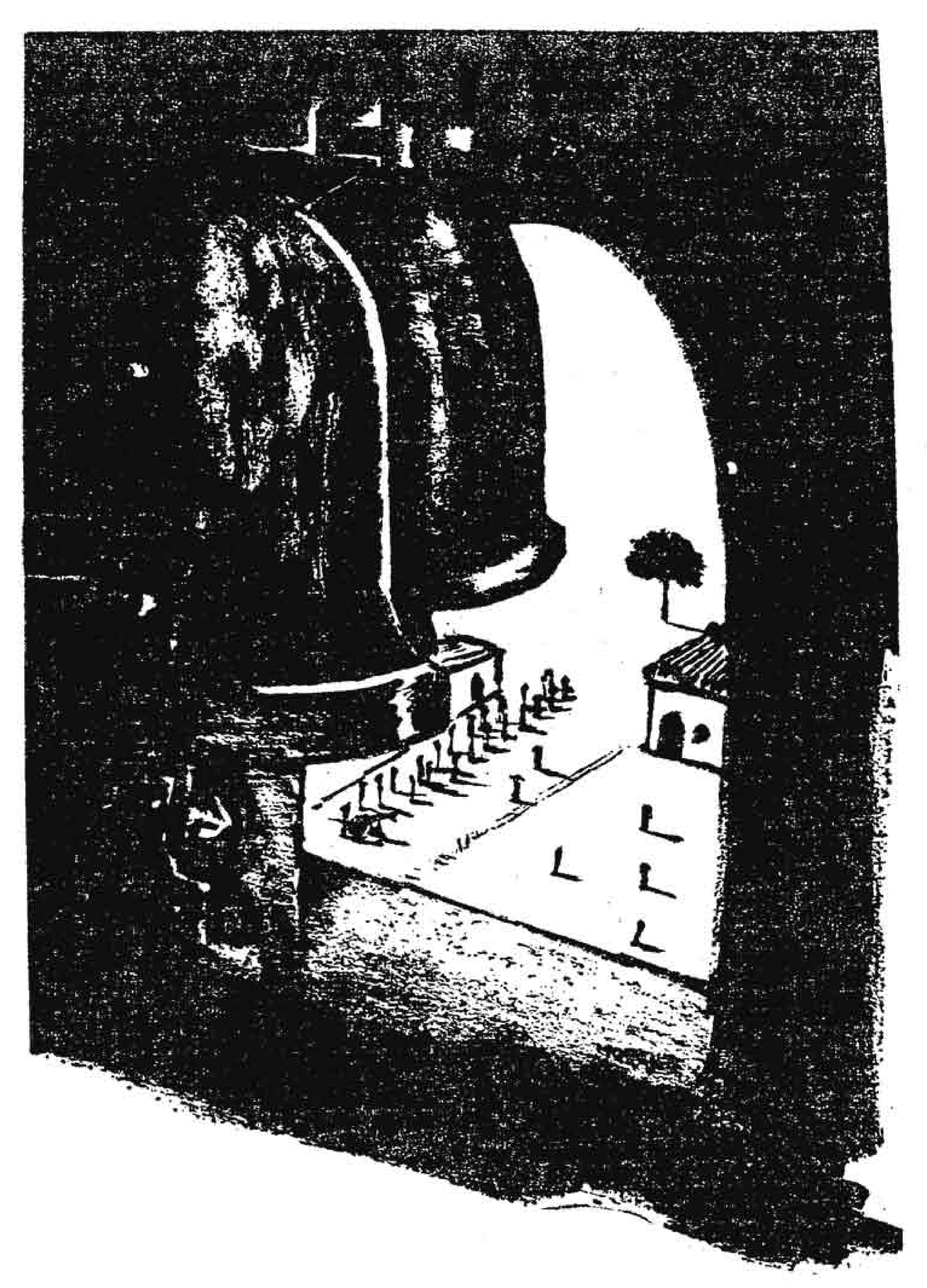
Y Eter, buena alma de Dios, terció compasiva:

—¿Cómo es el apellido de ella? A lo mejor el cuñado de mi prima la puede sacar...



SANTA JUANA DE AMERICA

por andrés lizárraga



ACTO PRIMERO

(PLAZA EN CHUQUISACA. ENTRA JOAQUIN TABORGA INSPECCIONANDO TODO Y SE CRUZA CON ABELARDO ACUÑA.)

ABORGA —¡Don Abelardo...! Apenas amanece y usted ya...

ACUÑA —¡Eh, eh!... Hoy no es un 25 de mayo cualquiera. Hoy esta vieja ciudad de Chuquisaca, tiene muchas cosas que festejar.

TABORGA —¿Y para qué estoy yo inspeccionando todo? ¿O no tiene ya confianza en mí como Mayor de Plaza, don Abelardo?

ACUÑA —La tengo y no la tengo. Al amanecer, dijimos... ¡las campanas!

TABORGA —¡Sonaron las campanas! ¿O no sonaron?

ACUÑA —¡Sonaron! Pero ya no estaba la noche en el cielo, como estaba dispuesto. ¡Eso importaba! La noche que partía... ¡era España! Oscuridad y soledad cayendo detrás de los cerros de occidente. Luz y campanas brotando por oriente: ¡Nuestra libertad! ¡Eso importaba!

TABORGA —¿Y no fue así, don Abelardo?

ACUÑA —¡Fue así... y no fue así! Estaba en la ventana de mi cuarto, Taborga. Y te juro por Dios, que cuando tus benditas campanas empezaron...

TABORGA —¿Las mías...?

ACUÑA —¡Las del templo, bueno!... ¡Pero que tú debías vigilar!... Cuando tus benditas campanas empezaron, digo, la noche ya no estaba en el cielo. Y dime, ahora... ¿qué viene ahora?...

TABORGA —¡Cuando el sol toque la punta de los cerros... los cañones! Una compañía lista espera junto al Tambo Viejo. ¡La inspeccioné!

ACUÑA —Ajá... ¿Y no se demora el sol esta mañana?

TABORGA —¡No se demora!... Es su prisa, don Abelardo, es su prisa.

ACUÑA —¡Bah!... No tengo prisa. Radiante, sí. Pero apurado, nunca. Prisa sienten los que llevan las manos vacías. ¡Los ambiciosos! Es mala la ambición, Taborga. Y tú eres algo ambicioso, ¿eh?

TABORGA —¡Don Abelardo!... nada más que un



Hace unos días comentaba con alguien, creo que con Guillermo Cabrera Infante, que hacer crítica implica una actitud pedante, minuciosa, vigilante. Buscar el gazapo. Perder la espontaneidad y la frescura ante la obra. Yo por suerte, esto bien me lo agradece mi conciencia, no hago ya más crítica de teatro ni de nada. Pero hace unos días alguien me metió a miembro del jurado de teatro del Primer Concurso Hispanoamericano de Literatura que acaba de auspiciar la Casa de las Américas. Ingrata tarea: leerme 96 obras de teatro. Tener que ser todo eso que me disgusta ser: estar vigilante, ser pedante, minucioso. Ir en busca del gazapo. Perder la espontaneidad y la frescura. Leer tanto, casi siempre mediocre, que por unos días le perdí el gusto a eso que toda mi vida ha sido un gran placer: leer.

Cuando ya casi perdía las esperanzas, leí la obra de teatro "El Fuego" (que después resultó ser del escritor peruano Juan Ríos), y casi al final "Santa Juana de América" (del argentino Andrés Lizarraga. La primera, además de estar bien escrita, de tener las dimensiones de una obra de arte, es espectáculo —sinónimo de buen teatro— y está concebida con sentido profesional, tan difícil de encontrar entre nosotros. La obra tiene el defecto de prodigarse. Prodigarse en un lenguaje reiterado hasta hacerse vacío e inútil. Prodigarse en las ituaciones, en los personajes, en las escenas.

"Santa Juana de América" es otra historia. Al lleerla ya no dudé más. La obra es definitiva. Es buen teatro. Buen teatro en el desarrollo de los personajes. En el diálogo, que es parco sin ser cotidiano. En la estructura general, que es útil, sin llegar a ser consciente. Y todo esto logrado con dignidad intelectual. Sin cederle paso a la chabacanería ni al efectismo. Y en definitiva, siendo lo que tiene que ser una obra de teatro: espectáculo. (Hay gente que todavía no comprende esto y sigue escribiendo tesis expositivas más soporíferas que los cuentos que me hacía mi abuela de pequeño). Esto a pesar de las obvias influencias, especialmente la de Bertold Brecht, pero sin llegar a un comprometedor mimetismo.

Además, y esto fue para mí determinante al darle el primer premio, con un personaje principalísimo —Juana Azurduy—, emparentado con Doña Bárbara, con María, con Amalia, con Zoraida. Hermana de Bolívar, de San Martín, de Maceo, de Martí, de nuestro Fidel. Un personaje pleno de virilidad, de energía, sin dejar de ser jamás genuinamente femenino, humanamente heroico.

Todo esto puede ser altisonante e hiperbólico, pero en nuestro teatro —el teatro hispanoamericano—, donde no hay mucho bueno que imitar, esta obra bien hecha y con contenido puede servir de patrón, de punto de referencia e imitación.

Santa Juana de América no es lo definitivo, pero es lo parcialmente bien hecho. Ya esto es bastante.

HUMBERTO ARENAL

deseo de progreso... ¿Está mal?

ACUÑA —¡Eh!... Para ustedes hicimos esta gesta bendita. No, no está mal. Dime. ¿los palcos frente al templo... están ornamentados?

TABORGA —Solamente estarán más ornamentados cuando las jóvenes damas chuquisaqueñas los pueblen con sus ojos, sus sonrisas, sus vestidos. Hay, claro, banderas, escudos, laureles, olivos.

ACUÑA —Ay, ay, cuando pase frente a ellos mi nieto con su flamante uniforme de alferez.

TABORGA —¡Y su hijo, don Abelardo!

ACUÑA —¡Bah, mi hijo!... Mi hijo es pan duro como yo. ¡Es coronel! Y a los coroneles les importa más otras cosas que las caras bonitas. ¡Pero mi nieto!... ¡Ah, mi nieto!... No comprendes, Taborga... ¡Ah!... cuando en 1810, hoy justamente 52 años —dos años más que el medio siglo ya—, empezó todo esto, digo, no imaginé la felicidad que me esperaba. Porque... mira Mayor de Plaza Joaquín Taborga, a ti hoy te resulta muy fácil decir "somos libres de España". Pero cuando todo empezó en aquel 25 de mayo de 1810, no era tan fácil, no No era tan fácil ¡Te lo digo yo! Y hoy... mis campos en paz... mi hijo coronel... ¡y en una de esas, Presidente...! Mi nieto alferez flamante... ¡Y Presidente alguna vez!... ¿Crees que chocheo?

TABORGA —¡No, don Abelardo!

ACUÑA —¡No, no chocheo!... ¡Pero demonios que demora el sol esta mañana!...

TABORGA —No ve la punta de los cerros ya más...

ACUÑA —Sí, ya más... ¡Y luego!... ¿qué sigue luego?

TABORGA —Bueno... Los cañones al salir el sol. Después, las tropas formarán en la plaza. Misa en acción de gracias, más tarde. Discurso del gobernador y de usted. El desfile militar...

ACUÑA —¡Al mando de mi hijo:

TABORGA —Al mando de su hijo, claro. Almuerzo en la gobernación...

ACUÑA —Taborga, éste tiene que ser el 25 de mayo más rutilante de mi vida.

TABORGA —Lo será, don Abelardo, lo será.

ACUÑA —Este puede ser mi último 25 de mayo, pienso.

TABORGA —¡Por Dios, don Abelardo, qué dice usted!

ACUÑA —Estoy viejo, eso digo. Tengo más años que la libertad de la patria. Eso digo. (ENTRA CORRIENDO INDALECIO SANDI).

INDALECIO —¡Señor Mayor de Plaza!... ¡señor Mayor de Plaza!... ¡A usted le busco, señor Mayor de Plaza!

ACUÑA —No grites así, muchacho. ¿Qué quieres?

INDALECIO —¡Mi bisabuela ha muerto, señor Mayor de Plaza, mi bisabuela ha muerto!

TABORGA —¡Qué Dios la asista, hijo! ¿Pero qué diablos tengo que ver yo con tu bisabuela?

INDALECIO —Mi bisabuela, señor... mi bisabuela...

ACUÑA —(LO CORTA). ¿Qué quiere éste?

INDALECIO —Que ha muerto su bisabuela.

ACUÑA —Si era bisabuela... era vieja, supongo. ¿Pensabas que viviría toda la vida? Taborga, la punta de los cerros están más claros, ¿o yo veo mal?

INDALECIO —Señor, mi bisabuela...

ACUÑA —¡Cállate, demonio...! ¿O veo mal?

TABORGA —Es el sol, don Abelardo, que se acerca. No, no ve mal.

ACUÑA —Pues sigue controlando todo el programa de festejos. Mi nieto debe estar ya probándose el uniforme. Que todo sea puntual. Quiero ser el primero en ver a mi hijo en uniforme. Quiero ser el primero.

(SALE ACUÑA).

INDALECIO —Hace tres horas murió mi bisabuela, señor Mayor de Plaza...

TABORGA —¡Ya lo dijiste! Y lo lamento mucho. ¿Y qué otra cosa puedo hacer yo que lamentarlo mucho?

INDALECIO —Estoy solo con ella...

TABORGA —Pues también lo lamento. Juro por Dios que lo lamento.

INDALECIO —Y usted, señor Mayor de Plaza..., ¿no hará nada?

TABORGA —¿Hacer?... ¿Qué puedo hacer? Si aún no estuviera muerta... le mandaba un médico. ¡Pero está muerta!

INDALECIO —Sí. Está muerta... Pero digo..., ¿no habrá alguna ceremonia para ella, siquiera?

TABORGA —¿Ceremonia?

INDALECIO —Digo... Ceremonia... o algo así: Cuando algún oficial muere... se hacen ciertas ceremonias... Y mi bisabuela... ¿no era acaso teniente coronel?

TABORGA —Sí..., teniente coronel, claro... No me faltaba ahora nada más que tú y... ¡Esto es un fastidio!... ¿De dónde puedo sacar hoy, 25 de mayo, soldados para una ceremonia?... ¡Entiéndeme, muchacho, lo ves!, estamos festejando el 25 de mayo.

INDALECIO —Pero mi bisabuela era teniente coronel, ¿no?

TABORGA —¡Y no lo niego!... ¡Y yo quería a tu bisabuela!... ¡o lo que fuera!... ¡Pero ya está todo programado para hoy! ¿De dónde saco yo gente para ceremonias especiales, en este momento? ¿O no has oído lo que disponía don Abelardo Acuña recién y en persona? ¡Oh! ¡mira, muchacho!... ¡el sol!... ¡el sol!... (COMENZANDO EL MUTIS CORRIENDO). ¡Fuego los cañones!... ¡fuego los cañones!...

(SALE CORRIENDO. SE OYEN DISPAROS DE CAÑONES).

—Mi bisabuela era teniente coronel... Y yo sé que era teniente coronel. El señor Mayor de Plaza, Joaquín Taborga, también lo sabe... Lo que yo no comprendo es porqué ahora mi bisabuela está muerta y sola en un rancho de adobe... Y las campanas y los cañones festejan las victorias... y ni un soldado, siquiera un soldado me ayuda a llevar el cuerpo muerto de mi teniente coronel al cementerio. (GRITA CORRIENDO POR LA ESCENA). ¡Mi bisabuela era teniente coronel y está muerta!... ¡Mi bisabuela era teniente coronel y está muerta!... (SE OYE UNA MARCHA MILITAR QUE AVANZA. INDALECIO CAMINA HACIA EL PROSCENIO. LAS LUCES DESCIENDEN CON EL "IN CRESCENDO" DE LA MARCHA. LUZ SOBRE INDALECIO SOLAMENTE. LA MARCHA SE VA ALEJANDO). Y está muerta... Y cuando la vida fue un grito y un andar y andar entre mucha gente que gritaba igual que uno mismo... de pronto, morir solo..., solo... como yo estoy ahora... Solo, di-



go, sin nadie... Con ganas de decir "tengo sed" o "calor"... Y no poder decirlo. Pensarlo, nada más... Y mi bisabuela está ahora así en el rancho, sola. Sin poder decir más, siquiera. (PAUSA). La veo moverse con su viejo vestido gris... ágil y ochenta años... ágil y erguida siempre... con su viejo vestido gris... y contando sus cosas que yo iba viviendo... De cuando era muchacha como yo... Cuando la mandaron al convento, por ejemplo... Al convento de Santa Teresa, ¿lo conocen?... ¡Queda del otro lado de la ciudad!... Los patios están siempre brillantes... Y cuando al atardecer las monjitas cantan a la virgen... ¡es tan lindo oirlas cantar...! ¡tan lindo!...

(LA LUZ DESCIENDE LENTAMENTE. SALE INDALECIO. SE OYE UN CORO RELIGIOSO. LUZ SOBRE UN CUARTO DEL CONVENTO. JUANA AZURDUY LIMPIA EL PISO. ENTRA LA HERMANA GERVASIA.)

GERVASIA —Está bien ya. Deja de limpiar. (JUANA NO CONTESTA). ¡Juana...! dije que puedes dejar de limpiar.

JUANA —¡No estoy cansada! (GERVASIA LE QUITA EL CEPILLO.) ¡Déme! ¡Déme! ¡Tengo que seguir!

GERVASIA —Juana... no te comprendo. Y créeme que me gustaría comprenderte.

JUANA —¡No hay nada que comprender!

GERVASIA —Juana..., estás enojada conmigo. Y no debes estar enojada conmigo.

JUANA —No lo estoy.

GERVASIA —¡Lo estás! ¡Y hosca!... y me das la espalda, y...

JUANA —Hermana Gervasia... tengo que limpiar esto, ¿no?..., como castigo tengo que limpiar esto, ¿no?... ¡Déme el cepillo!

GERVASIA —Me gustaría entenderte. Es decir..., pensándolo bien, te entiendo. Pero no puedo entender lo que entiendo. Juana... ¿Por qué contestaste así al padre Roldán?

JUANA —¿Mentí?

GERVASIA —Yo pregunto por qué contestaste así.

JUANA —¡Y yo pregunto si mentí! ¡Y como usted no contesta, contesto yo! "¡No, Juana Azurduy. No mentiste!"

GERVASIA —Juana, no levantes la voz.

JUANA —"No mentiste, Juana Azurduy, no mentiste. Y porque no mentiste, te han castigado". ¡Está claro! ¡Déme el cepillo!

GERVASIA —Te pedí, Juana, que no levantes la voz.

JUANA —¡Y yo le pedí el cepillo! Y si no me lo da me quejaré a la Superiora, y al padre Roldán. Diré que usted ha trabado el cumplimiento de la penitencia. Así diré: "La hermana Gervasia traba el cumplimiento de la penitencia". Y la penitencia no debe ser trabada. ¡Está muy claro! Deme el cepillo, hermana.

GERVASIA —¡Dura!... ¡Dura tu cabeza!... ¡Toma el cepillo!

(JUANA LO TOMA Y SIGUE LIMPIANDO CON FRENESI. SE DETIENE. LA MIRA SONRIENTE).

JUANA —Hermanita Gervasia... ¿está enojada por mis gritos?

GERVASIA —Estoy preocupada por tu comportamiento.

(JUANA VUELVE A LIMPIAR CON ENOJO).

JUANA —¡Le pregunté por mis gritos! ¡No por mi comportamiento! ¡No tengo nada qué decir de mi comportamiento! ¡Y nadie tiene nada qué decir! Rezo, ¿no? Limpio, ¿no?... Tejo cuando hay que tejer y duermo cuando hay que dormir, ¿no? ¿Qué tiene de malo, entonces mi comportamiento?

GERVASIA —Esas cosas que... ¡Bueno!, como la que dijiste esta mañana al padre Roldán por ejemplo.

JUANA —(DEJANDO DE LIMPIAR). Si la lengua está cerca de los ojos, es para que la lengua diga de inmediato aquello que los ojos ven.

GERVASIA —Y si Dios nos puso los labios, debemos aprender a cerrarlos, me parece.

JUANA —¡O a abrirlos...! ¡Para tenerla cerrada no está la boca! ¡O a abrirlos!

GERVASIA —¡Cuando convenga, Juana!

JUANA —¡Es lo que no puedo aprender! (CONTINUA LIMPIANDO CON ENOJO. VUELVE A DETENERSE Y A MIRAR A LA HERMANA GERVASIA CON SIMPATIA). Está bien, hermanita... Está bien. Nosotras no podemos enojarnos. Usted es buena conmigo. Siempre es buena. ¿Qué es lo que no entiende de mí?

GERVASIA —El convento... ¿No te gusta?

JUANA —Bueno... no puedo decir "no me gusta". Pero lo malo es que... tampoco puede decir, "me gusta".

GERVASIA —Y tendrás que decidirlo. ¡Tomar o no tomar los hábitos! Hace seis meses que estas aquí. No eres una niña. ¡Tendrás que decidir!

JUANA —¡Decidir!... Bueno, a veces pienso que está decidido. Y a veces... ¡que no está decidido! Hermana Gervasia, ¿usted jamás anduvo a caballo? No me mire así. Nunca anduvo a caballo. Se nota. Dicen que los marineros caminan de una manera especial. Bueno... las mujeres que andan a caballo, también caminan de una manera especial. Será por los huesos... la cadera... ¡qué sé yo!... ¡Pobre mi padre!... Usted tendría que tenerle lástima...

GERVASIA —Si no te encarrilas, le tendré lástima.

JUANA —Encarrilarme quiere decir... ¡tomar los hábitos!

GERVASIA —¡Efectivamente!

JUANA —"Efectivamente"... ¡Cómo se equivoca la gente!... No por eso debe tenerle lástima ¡Fíjese!... Mi padre, como buen hombre de campo que es, deseaba hijos varones. Pero como Dios no es hombre de campo, no lo entendió. Y le dió "hijas mujeres" Y usted me mira hermanita y piensa: "Esta Juana, está loca. ¿De qué me habla ahora?"... Y resulta que yo estoy tratando de que usted entienda lo que no entiende, aunque lo entiende según usted.

GERVASIA —¡Hablo de hábitos y tú hablas de caballerías!... ¡y de marineros!... ¡y de mujeres que caminan Dios sabe cómo!... ¡Y quieres que entienda!

JUANA —¡Todo es más claro que el agua!... ¡Que me crió como varón! ¡Eso digo! (SE SIENTA A HORCAJADAS EN UNA SILLA). ¡Caballos! ¡Galopes!... ¡Recoger cosechas!... ¡Arriar hacienda!... ¡Trote! ¡Trote! ¡Trote, mula!... (SE DETIENE. LA MIRA.) A usted no le gusta que esté sentada así, ¿no es cierto?

GERVASIA —Sabes que no.

JUANA —¡Y ésta es la cuestión! Mi padre me crió así 17 años. Y ahora, de pronto, me quiere monja. Y yo no puedo ser monja y sentarme así. Y me siento así... porque..., ¡bueno!... ya tengo los huesos... la cadera... ¡qué sé yo!... Y bueno no es que esto me guste o no me guste. Es que ya tengo los huesos así. ¡Y no sé cómo explicarme! Vea, mi padre me quiere monja ¿Me oye? Me "quiere". Pero me "necesita" hombre. ¿Qué le parece? Y dígame, ¿qué es más importante, lo que se quiere o lo que se necesita? (PAUSA. LA MIRA). ¡Ah!... me mira, ¿no?... ¡por

qué no repite ahora lo de "encarrilar", etcétera, etcétera y etcétera?

GERVASIA —¿Sabes que dices algo así como herejías?

JUANA —Herejías es un calificativo. Y una necesidad... Una necesidad no es esto ni es aquéllo. ¡Es una necesidad! ¡Herejía!... Yo no digo que quiero ser hombre. Por que... usted se equivoca. No es el sexo lo que estoy nombrando. Estoy nombrando esa fuerza que tienen ellos, para hacer de todo. ¡De todo!

GERVASIA —Y no crees, Juana, que si Dios nos hizo a las mujeres así, y a los hombres así, es porque...

JUANA —(LA CORTA) Dios es Dios, hermanita. Y yo creo en él. Porque usted me conoce, ¿eh?... Usted sabe que si yo no creyera, no estaría acá. Pero no se trata de creer o no creer. Se trata de que los campos de mi padre dan trabajo y que mi padre es anciano. Entonces pienso... "¿dónde soy más necesaria, aquí de monja o allá de a caballo?"... Y pienso, hermanita, si el ser humano debe vivir en función de Dios o de la necesidad?

GERVASIA —¡Esas sí que son herejías, Juana!

JUANA —¡Herejías!... A usted le resulta fácil calificar la vida de la gente del campo. Lo difícil es vivir la vida de esa gente. ¡Está bien!... ¡No me diga nada!... ¡Deme el cepillo, estoy castigada!

GERVASIA —Pensando así... no puedes quedarte en esta casa, Juana.

JUANA —¿Me echa?

GERVASIA —No. Por supuesto, que no. Pero no puedes...

JUANA —(LA CORTA). ¡Lástima!... Era más fácil llegar a casa y decir: "me han echado". Era más fácil...

GERVASIA —¡Eres inaguantable, Juana! ¡Inaguantable!

(SALE GERVASIA)

JUANA —Era más fácil, claro que sí, era más fácil. (SE SIENTA A HORCAJADAS Y SE DIRIGE HACIA EL PUBLICO). Yo no comprendo... mi padre me crió como hijo varón... Me crió, como quien dice, para torcer un destino. Y de pronto me mete a monja. ¿Quién entiende a los hombres? Por eso hubiera sido más fácil volver a casa y decirle: "padre, me han echado del convento. Devuélveme el caballo". (SE LEVANTA, TOMA EL CEPILLO). Ah, si pudiera ir hacia el padre Roldán y decirle: "Tome su cepillo. Me voy del convento". Me lanzaría una de esas miradas que lanza... Pero no es malo, ¿eh? no es malo... Claro, yo lo hago enojar. ¡Pero yo no lo quiero hacer enojar! Le hago preguntas y él se enoja. Le digo —como esta mañana—, "padre Roldán, escúcheme Padre Roldán, ¿por qué la Iglesia defiende a los poderosos, que nada necesitan, y no defiende a los pobres que necesitan todo"?... El padre Roldán me lanza una de esas miradas que lanza... y me manda a limpiar las galerías y los claustros... Pero no me responde. Y lo que yo precisaba era una respuesta. (VA HACIA EL PROSCENIO. LAS LUCES DESCIENDEN EN LA ESCENA QUEDANDO SOLAMENTE SOBRE JUANA). El convento era lindo. Digo era, porque un día lo dejé. Pero era lindo. Los patios siempre brillantes, las sábanas blancas... y cuando al atardecer las monjitas cantaban a Nuestra Señora... ¡era todo tan lindo!... ¡Parecían vírgenes!... Pero yo pensaba, si la misión que Dios nos dió en la tierra —entre otras, claro—, es dar hijos... por qué debemos parecernos a la Virgen. ¡Ser vírgenes! No entiendo... Además, yo, allá, ¿qué hacía?... Oración, meditación, contemplación... ¿Y acción?... ¡Nada más que limpieza!... ¿Y todo lo que Dios puso bajo mi pollera?... ¿Y todo lo que puso bajo mi blusa?... ¿Y todo lo que puso bajo mis cabellos?... ¿Y mis manos?... ¿Y mis brazos? Un día... un día mi padre murió... Y prácticamente, había una sola persona en la familia que podía hacerse cargo de los campos: yo. Hay un momento en la vida que debemos dejar de pensar e interrogarnos. Es cuando nace la necesidad de hacer. Y yo, comencé a hacer. Y me fui a mis campos. Los huesos no me sirvieron para monja. Pero qué bien se movían, sin embargo, sobre un potrillo zaino... ¡Eso!

(APAGON. SALE JUANA. LUZ A UN CUARTO DE LA CASA DE CAMPO DE LOS AZURDUY. EN ESCENA ROSALIA AZURDUY Y ABELARDO ACUÑA).

ACUÑA —Vi el zaino de Juana en el pastizal de la entrada y pensé que estaría. "Y bueno —me dije—, veamos qué dice Juana".

ROSALIA —Hoy ensilló el tobiano. El zaino anda mal de una pata.

ACUÑA —¿Y qué dice Juana?

ROSALIA —Usted sabe que ella no dice mucho. Anda siempre de aquí para allá haciendo cosas.

ACUÑA —Pero, ¿ha dicho algo sobre... mi propuesta? Tú debes saberlo.

ROSALIA —Usted sabe que ella me tiene a mí como una hija. No como una socia. Ella dice "compro esto, vendo aquéllo"... Nunca aclara porqué... Y como lo hace bien...

ACUÑA —Sin embargo... tú ya eres mujer. Y nada despreciable, por cierto. Y que mereces más atención, nadie lo niega.

ROSALIA —¿Más atención?... No lo entiendo, señor Acuña. No puedo quejarme, no parece... Nuestro Señor se ha llevado a mi padre y a mi madre. Y me ha dejado una hermana que es mi padre y mi madre. ¿Es poco eso?

ACUÑA —Mira... yo no diría es poco o es mucho. Pero pienso... tú sabes que pienso todo... que a tu edad necesitas algo más que un padre o una madre. ¿O vas a decirme que no te gustaría tener un hombre?

ROSALIA —¿Un marido, quiere decir?

ACUÑA —Bueno... yo dije un hombre. Un marido, también es un hombre, claro. Pero aquí, en el campo... a veces... ¡bueno!... no siempre es posible casarse.

ROSALIA —¡Por Dios, señor Acuña! ¡Si lo oyese el padre Roldán!...

ACUÑA —¡El padre Roldán!... Me parece muy bien lo que dice el padre Roldán. Y aunque lo repitas. Pero ya no eres tan criatura. Y cuando uno no es tan criatura... y cuando uno no es nada fea... y cuando uno...

ROSALIA —(LO CORTA). Y cuando uno es casado, como usted, no debe decir esas cosas a las muchachas.

ACUÑA —¡Casado!... ¡casado!... Acaso por eso no puedo llegar... admirarte... decir que te admiro... y...

ROSALIA —¿Cómo se encuentra su hijo señor Acuña?

ACUÑA —Bien. Pero escúchame, Rosalía... Pocas veces tenemos oportunidad de hablar a solas...

ROSALIA —¿Se le curó la tos?

ACUÑA —¡No he tosido, que yo sepa!

ROSALIA —A su hijo, me refiero. La semana pasada dijo usted que tenía mucha tos.

ACUÑA —¡Sí! ¡Tenía tos!... Pero hablamos de nosotros, Rosalía.

ROSALIA —Recé un rosario para que se curase. No puedo ver los chicos enfermos.

ACUÑA —¡Está bien, Rosalía! ¡Se le curó la tos! ¡Fue tu rosario! Pero escucha...

ROSALIA —¡No fue mi rosario!... Fue Nuestra Señora que me escuchó.

ACUÑA —¿No podemos hablar, Rosalía?

ROSALIA —¿No estamos hablando, señor Acuña?

ACUÑA —Nos hemos ido del tema, me parece...

ROSALIA —¿Nos hemos ido?... ¡Oh, tiene razón! Decía usted que había visto al zaino de Juana en el pastizal de la entrada y pensó que ella estaría en casa. Bueno... el caso es que no está... Pero no tardará mucho rato en volver.

ACUÑA —¿Está al caer?

ROSALIA —Como quien dice, sí.

ACUÑA —¡Ah!... Y tú, entonces, ¿quieres hablar de otra cosa, porque está al caer?

ROSALIA —Yo quiero hablar de otra cosa porque el padre Roldán me enseñó que hay cosas sobre las cuales no debemos hablar ni saber. ¿Así que se le curó la tos a su hijo?

ACUÑA —¡Se le curó la tos!

ROSALIA —Y, ¿come bien, ahora?

ACUÑA —¡Come bien!

ROSALIA —¿Y recibirá otra vez las lecciones del maestro Liborio?

ACUÑA —¡Otra vez! ¡Sí, otra vez!

ROSALIA —¡Es un chico encantador!...

(ENTRA JUANA. TRAE EL MISMO VESTIDO GRIS DE LA ESCENA ANTERIOR, MAS UN PEQUEÑO PONCHO SOBRE LOS HOMBROS. EMPUÑA UN REBENQUE.)

JUANA —"Un chico encantador"... Debes estar hablando de tu hijo, Abelardo Acuña.

ACUÑA —De mi hijo, de mi hijo.

JUANA —Y te juro, por Dios, que no me gusta nada. Lo crías para que salga tan zopenco como tú mismo. El no tiene culpa, claro. ¿A qué has venido?

ACUÑA —Bueno... por lo que te propuse.

JUANA —Mal momento para negocios... ¡Ando mal! ¿Sabes lo de Moreno?

ACUÑA —Anda en dificultades... dicen.

JUANA —"¡Dicen!"... ¿No ves que solamente te preocupas por tus narices?... ¡Que si tienen moco, que si no tienen moco...! ¡Pero las narices de los otros no importan! Le digo hace un tiempo: "Moreno, le van a sacar los campos o buena parte de ellos"... Me dice: "Juana, los campos son míos, usted lo sabe". Le digo: "Moreno, lo sé. Pero usted es criollo y ella es española, y le va a quitar los campos". Me dice: "Ella es una cualquiera". Le digo: "Moreno, no es una cualquiera. Es una puta. Pero es española. Y además, ahora, después de ser lo que dije era, es amante del Capitán General. Y le va a sacar los campos. Usted necesita testigos. Yo puedo ser su testigo". Me dice: "Gracias, Juana. Pero no necesito testigos". ¡Gracias, Juana! ¿Sabes qué ha sucedido, Abelardito?

ACUÑA —¿Le quitaron los campos?

JUANA —¡Ah!... eso lo sabes, ¿eh?

ACUÑA —Hija... lo supuse...

JUANA —¡Claro! ¡Y supones muy bien! Supones que para el Virrey y su cría, entre un pobre tipo como Moreno, que tiene algún campito porque trabajó [illegible] ¡pero es criollo!... ¡Y una... bueno...! una meretriz, para no asustar a esta beata... (A LA HERMANA). Una meretriz, hermana, es una mala mujer. Nunca se lo digas al padre Roldán. Y una meretriz, digo, que trabajó siempre, sí... pero no en el campo... vale más la meretriz. ¿Tomaste algo?

ACUÑA —Recién llegaba.

JUANA —(A LA HERMANA). ¿Cómo no le serviste algún aguardiente? Es delicado, pero toma aguardiente. (TOMA UNA BOTELLA. LE SIRVE). ¡Pero no me revienta eso! ¡Me revienta Moreno! ¡Verlo tan... tan... tan qué sé yo!... ¡El no sabía que aquí vale más una... bueno!, ¿una española cualquiera que un criollo honrado? "Salgo de testigo", le digo, y él "no"!

ACUÑA —A qué te aflijes, entonces. ¡Que se jorobe!

JUANA —Abelardo Acuña... serías mal médico en la peste. Alejarías a tu hijo del apestado de la otra cuadra. Pero la peste llegaría a tu cuadra. Encontrarías a tu hijo bajo siete llaves. Pero la peste entraría cabalgando en el maíz o en el agua. Y tú hijo —perdóname, Abelardo Acuña— tu hijo reventaría!

ACUÑA —¡Puedo decirte, querida Juana... que la peste me lleve si te entiendo!

JUANA —¡Quiero decirte, Abelardo Acuña, que no debemos esperar a que la peste nos muerda las narices! ¡Que hay que salir cuando la peste está lejos de nosotros. ¡Y atacarla con un garrote! ¡Y Moreno... fue muy estúpido el pobrecito! Y lo peor es que ni puedo decir... "¡lo tiene merecido!". Está bien. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

ACUÑA —Ya lo dije, Juana. Por lo que te propuse.

JUANA —¡Claro!, tú propones, y luego te sientas a pensar en lo que has propuesto. Dicho de otra forma, tienes tiempo. Pero a mí me proponen cosas, y yo tengo que arriar animales, cosechar... —ahora estamos emparvando detrás de Cerro Chico. Buenos pastos, ¿eh? Buenos pastos... ¡y hacer mil cosas! Y ni tiempo para tragar una hostia.

ACUÑA —¿Quiere decir que no has pensado?

JUANA —He pensado. Pero como quien dice, no he pensado en el árbol, sino en la raíz del árbol. (A LA HERMANA.) ¿En qué te has quedado pensando?

ROSALIA —En Moreno.

JUANA —¡No se hablaba más de eso ya!

ROSALIA —Pienso en las hijas de Moreno que iban todos los domingos a misa... En el buen coche que trajeron de Lima... En...

JUANA —¡En sus buenas camisas!...

ROSALIA —Sí. También en sus ropas. Usan ropas buenas.

JUANA —Pero en la porquería que le hicieron a Moreno, en la porquería en sí, no piensas. No diré ya en cómo evitar que se repita esa porquería. ¡No! Eso escapa a tu misión en la vida, ¿no? Pensar en trapos, coches... ¡Y tú no te rías, Abelardo Acuña! Tú también quieres que yo escape a mi misión en la vida, ¿verdad?

ACUÑA —¿Cómo entenderte, Juana, si de raíces de árboles, pasas a hablar de misión de la vida?

JUANA —¿Quieres que te diga una cosa?, cada día me cuesta más tomar a los hombres en serio. Y más aún, claro, cuando los hombres son como tú. Bien peinados... la chaquetilla sin una pequeña mancha en la pechera... las botas sin asomo de barro...

ACUÑA —¡Y las manos sin callos! Lo dijiste la semana pasada.

JUANA —(LO MIRA, LUEGO OBSERVA SUS MANOS.) En el convento no tenían callos, las pobres. Ahora me han salido dos en ésta y uno en ésta. (PAUSA.) Voy a darte mi respuesta. Espera. (A LA HERMANA.) Abelardo nos quiere ayudar.

ROSALIA —¿Ayudar?

JUANA —El dice así. Como nosotros pagamos mucho impuesto al gobierno, y él no paga ningún impuesto al gobierno, propone que le vendamos en secreto nues-



tra cosecha y él, a su vez, la vende. (A ACUÑA.) ¿Es eso?

ACUÑA —Eso es.

ROSALIA —Me parece muy bien.

JUANA —¡Ajá... Claro!, tú miras el árbol y no piensas en la raíz. Digo yo, Abelardito, digo yo... ¿por qué tú prácticamente no pagas impuesto al gobierno, y a mí el gobierno me saca la mitad de lo que produzco en impuestos?

ACUÑA —Bueno...

JUANA —La mitad de lo que produzco es un decir... Porque la mitad de mis callos no se llevan, ¿eh? Se llevan la mitad de lo que producen esos callos.

ACUÑA —Bueno, Juana, tú sabes que yo sólo me meto en mis cosas. Pero aún así... bueno... tú eres nativa y yo soy español.

JUANA —¡Epa! ¡epa!... ¡Tú y yo nacimos aquí mismo y a tres días de diferencia!

ACUÑA —Fuí criado español. Mis padres eran españoles.

JUANA —¡Y mis padres eran!... eran mis padres... Sí, tienes razón. No eran españoles.

ACUÑA —Mira, Juana, yo tengo que pensar en mi hijo. Como tú debes pensar en tu hermana. O en tí misma. Si hay una ley, no pensemos en discutirla..., seamos prácticos, veamos cómo podemos arreglarnos. Tú me vendes la cosecha, yo a su vez, la vendo como mía, y esa mitad que iba al gobierno, la repartimos entre tú y yo.

JUANA —¡Negocio redondo!

ACUÑA —¿Verdad que sí?

ROSALIA —Es usted muy bondadoso, señor Acuña.

JUANA —(A LA HERMANA.) Tú tienes cuatro polleras. Tienes que darle dos al gobierno. Pero si me das una a mí... yo arreglo para que te quedes con tres. ¿Entiendes?

ROSALIA —¡Claro que lo entiendo! ¡Y está muy bien!

JUANA —¿Nunca sentiste ganas de rebuznar, hermana? Acuña... Abelardito Acuña, esto va muy mal.

ACUÑA —Frente a una realidad de la vida, ¿qué vamos a hacer, Juana?

JUANA —Eso es lo peor... no sé qué podemos hacer. Pero esto va mal, Abelardo Acuña, esto va mal. Y si para nosotros que tenemos algunas pequeñas tierras, esto va mal... ¿cómo les irá a esa pobre gente que no tienen nada?

ACUÑA —Juana... yo pienso en mi hijo. Lo sabes bien. No me metas en otras cosas.

JUANA —Ajá, en tu hijo. Si yo te dijera todo lo que me cuesta esa cosecha para luego tener que dársela a esos godos panzones. Y las cosas en mi campo van mal. Repito que van mal. Trabajamos como bestias y van mal. Tus campos sí están florecientes, Abelardito Acuña.

ACUÑA —Mal podría quejarme, sí. Pero no creas, ¿eh?, me esperan grandes gastos. Pronto enviaré a mi hijo a España, para que estudie.

JUANA —¿Por qué no lo envías a la Universidad de aquí?

ACUÑA —Quiero que sea militar.

JUANA —¡Ah!... Abelardo, tú debes temer a la noche por los caminos, ¿sí?

ACUÑA —Bueno, no así como dices, pero... la noche no es buena, claro, por estos caminos.

JUANA —La joven doncella y la bolsa repleta, en lo oscuro no se meta. La noche debe estar galopando ya por Cerro Chico. Mejor que te vayas.

JUANA —¿Y cuándo darás respuesta?

ACUÑA —Mal puedo decirte esta noche... mal puedo decirte mañana. Pero habrá respuesta, claro. Cumplir en los negocios. Así digo

ACUÑA —Hasta mañana, Juana.

JUANA —Qué Dios te guíe, hermano. (SALE ACUÑA.) Quiere que sea militar. ¿Ves? Nosotros criamos un ganso con el destino determinado que llene la olla. Y éstos crían un hijo, con el destino determinado que nos gobierne. Y nos va a gobernar, ¿eh?

ROSALIA —¿Quién no busca el bien para un hijo, Juana?

JUANA —Rebuznaste, hermana. Rebuznaste otra vez. Este no busca sólo el bien para su hijo. Este quiere tener un alto militar en su familia, que sostenga un gobierno que a él no cobra impuesto y a mí sí cobra impuestos. Rosalía, no pienses más. Fíjate si todas las ventanas están cerradas. Ha comenzado a soplar el viento del sur, y se van a golpear. Además..., ya es casi de noche, hermana.

ROSALIA —(SALIENDO.) Casi no quedan velas...

JUANA —Sí. Y está muy oscuro esto... muy oscuro. (SALE ROSALIA.) (LA LUZ DESCIENDE EN LA ESCENA. JUANA VA HACIA EL PROSCENIO. HACIA EL PUBLICO.) Y no es bueno que dos mujeres jóvenes vivan así, solas... ¡Por mí no, claro!... por ella. Es el ideal de mujer que quieren los hombres... Pensar, ¡no piensa! Hablar..., ¡no habla! ¿Arriar?... ¡qué digo arriar!... ¡ni una cabra! No se mete en negocios. No sale sino a misa. (HABLANDO HACIA ADENTRO.) Fíjate en las ventanas de las galerías traseras... ¡Hoy estaban abiertas!... (HACIA EL PUBLICO.) Para el hogar sirve. ¡Y cómo!... Bueno yo creía, en esos días, que a mí, los hombres no me interesaban. Porque los miraba... y no me interesaban. Mi única amiga por así decirlo, era doña Eugenia... ¡la de Padilla! Del campo vecino. Venía a veces... Hablábamos... ¡En fin! Una vez empezó a contarme cosas sobre su hijo. "¡Je!, —pensaba yo—, vieja casamentera"... Que su hijo es esto... que es lo otro... que tiene amigos en la universidad... y yo pensaba "debe ser uno de esos que jamás tienen una mancha en la pechera... ni asomo de barro en las botas"... (RIE). Me equivoqué... Cuando lo vi por primera vez... descubrí que era mujer... Yo estaba aquí... trenzando un rebenque. De pronto, siento a mi espalda una voz que dice: "Tengo que molestarla, Juana Azurduy"...

(LAS LUCES ASCIENDEN SOBRE LA ESCENA, ESTA MANUEL ASENCIO PADILLA EN LA PUERTA.)

MANUEL —Tengo que molestarla, Juana Azurduy.

JUANA —Usted dirá, señor.

MANUEL —Soy Manuel Asencio Padilla, el hijo de doña Eugenia.

JUANA —(ADMIRADA) ¡Aaah...!

MANUEL —Mi madre me dijo...

JUANA —(LO CORTA). Sí, su madre me dijo... Pase Manuel Asencio Padilla. Esta es su casa.

MANUEL —Gracias. Mi madre me dijo que usted...

JUANA —También su madre me dijo que usted...

MANUEL —Bueno... pero yo creía que mi madre exageraba.

JUANA —Yo también creía que su madre exageraba...

MANUEL —"¿La Juana Azurduy, una mujer —pensaba yo—, va a tener ese campo como lo tiene?"... Lo había visto pasando por el camino, ¿sabe? "La Juana, ¡si la Juana!", me decía mi madre. ¡Y yo creía que exageraba!

JUANA —(QUE SE ACERCO A EL). Tiene una mancha en la pechera, Manuel Asencio.

MANUEL —¡Y en el suyo! ¡Ayer llovió como el demonio!

JUANA —Me gustan las botas embarradas, Manuel Asencio... Yo también creía que su madre exageraba, sí.

MANUEL —En las parcelas de la curva del camino, sus maizales están ralos, Juana Azurduy.

JUANA —Pero más adentro están verdes. Son como un corazón que crece, Manuel Asencio.

MANUEL —Nosotros casi no hemos plantado este año. ¿Para qué?... ¿Para que se lo lleven los godos?

JUANA —Eso digo. La vida no tendría que ser así. Pero es así. Toma aguardiente, ¿claro?

MANUEL —¡Tomo, claro, Juana Azurduy! Pero... ¡no me convenzo!... "Si a este campo lo tiene así ella —pensaba—, ella debe ser bicho raro", pensaba. ¡Pero usted es como todas!

JUANA —No, Manuel Asencio... Aunque de pronto, sí... hoy me siento rara... no sé... me he sentido mujer... Como quien dice... ¡como todas!

(APAGON, SALE MANUEL ASENCIO. LUZ A JUANA EN EL PROSCENIO.)

JUANA —Nos casamos un día en que los maizales estaban dorados como el sol... Y los tordos cruceños, en la galería, cantaban con sus quemas inagotables hacia un cielo azul... interminable... que taponaba surcos y cerros como un techo nupcial iluminado...

FIN DEL PRIMER ACTO

A la señorita Directora de la Casa de la Américas Haydée Santamaría.

De mi mayor consideración:

Aun a riesgo de ser considerado esto un sutil autoelogio, pienso que, recibir una distinción literaria cubana, en el actual momento histórico que vive ese país, es un galardón de inestimable valor.

En mi caso, el mismo se acrecienta aún, puesto que ha sido concedido por traer a este tiempo que vivimos, la vida de esta nuestra Juana, madre y guerrillera y bandera de pueblos alzados contra la injusticia, la opresión, la barbarie impuestas como sistema aparentemente demostrado natural y lógico.

Y no es más pequeño mi temor de pecar en un sí es demasiado retórico, el afirmar que, así como no es casual que la historia de esta guerrillera, haya sido distinguida en un país de guerrilleros, tampoco es casual, que gente cubana distingan a un autor argentino, que ha escrito historias de bolivianos. Porque así tendrá que ser este país americolatino: Unido, vertebrado, aunque esté hoy separado por obra y gracia de quienes bien mercan con esa desunión.

Mis felicitaciones a esa Casa por esta realidad de acercamiento latinoamericano; mi agradecimiento por la distinción —que más merece Juana Azurduy, porque ella vivió así— que yo por haberlo narrado; mi aplauso por esa revolución cubana, sobre quien los ojos de la esperanza de América, están fijos.

BUENOS AIRES, febrero 4 de 1960.

Mis mejores saludos

ANDRES LIZARRAGA

R

BERTILLON 166

por j o soler é puíg

LAS campanadas del reloj de la catedral resonaron entre los muros centenarios, rebotaron, cruzando el parque, en el nuevo edificio colonial del ayuntamiento y se esparcieron sobre Santiago. Las siete. El sol lanzaba sus recién nacidos rayos sobre el grisoso azul triste del cielo. Dos aviones de propulsión se disparaban por los aires, dejando muy atrás el trepidante silbido de su fuerza. Dos mujeres, de luto, subían, poniéndose los velos, la empinada escalinata de la iglesia. En sus ojos había la roja huella de una noche en vela y su respiración era entrecortada. Buscaron los aviones con expresión de ansiedad. No lograron verlos y volvieron su atención a los escalones. El pordiosero Nemesio, serio y callado, extendió la diestra y, con la mano izquierda, levantó unas pulgadas sobre sus canas el sucio sombrero de paño. Abría y cerraba la boca, masticando en seco. Las mujeres siguieron de largo, ignorándolo. El se soltó el sombrero en la cabeza y se frotó las manos, sin dejar de masticar. Se quedó un instante quieto, con la vista en el suelo. Luego, súbitamente, se encogió de hombros y, con reumático andar, comenzó a bajar lentamente los escalones de cemento. El hombre cubría la ruina de su cuerpo con un desteñido saco gris, una camisa verde, rota y sin botones, y pantalones carmelitas y diez colores más en los remiendos. Su rostro, macilento y flácido, estaba ensombrecido por una barba lechosa de semanas, y sus ojos, pardos y sin brillo, aunque llenos de curiosidad, lucían pesados, como si les costara trabajo mirar. Su boca tenía un rictus amargo, duro, a la vez que angustiado. Metía los pies en unos zapatos de dos tonos, buenos todavía, aunque era fácil notar que le quedaban grandes. Su cuerpo, de la cintura para arriba, se inclinaba hacia un lado, el izquierdo, por una desviación senil de las vértebras, y el pordiosero mantenía el equilibrio apoyando la mano en la pierna al bajar cada escalón. Ya en la acera, el hombre se detuvo y, calmosamente, se dedicó a observar a la gente que pasaba. Nunca dejaba de masticar en seco. Sólo le quedaba un diente, amarillo y largo, en la boca pasa.

Por su lado cruzaban caras serias, muy serias, con sombras de ansiedad, tensas y expectantes; caras llevadas hacia arriba y hacia abajo, de un lado a otro de la calle, por unos pasos apresurados, como de fuga angustiada, pasos que no parecían tener destino. Pasos de gente que andaba de prisa por obligación de la costumbre, pero que no ponía voluntad en su prisa.

En frente, la plazoleta redonda del parque, con su baja verja de hierro alrededor, pintada de verde oscuro. Bajo los árboles de higuito, que alguna que otra vez lanzaban pájaros al aire, entre los alelíes y las malangas, los clarines blancos y morados y las flores del sol, dos muchachos harapientos, blanco uno, negro el otro, limpiaban descalzos y de rodillas, con violentos pañazos, los zapatos de los ceñudos clientes sentados en los bancos de granito.

Máquinas, camiones y carretillas de caballos bajaban Heredia hacia la plaza del mercado. En la acera opuesta, un mulatico voceaba, con aburrido sonsonete, el "Diario de Cuba".

Junto a Nemesio, el gordo Manuel, con el tabaco en la boca, levantaba la puerta metálica de su vidriera de apuntaciones de bolita de los bajos del atrio y recogía los fardos de periódicos amontonados en la acera. El hombre tiraba los paquetes, uno a uno, dentro del establecimiento, deteniéndose después de cada lanzamiento para respirar.

El pordiosero esperó en la acera hasta que el gordo terminó con los periódicos y entró en su establecimiento. Entonces encaminó hacia allí sus arrastrados pasos. Extendió la mano, como si pidiera una limosna, y recibió un periódico del gordo. Con movimientos trabajosos, lo desplegó sobre la vidriera-mostrador.

El viejo no se detuvo ni un instante en la primera página; abrió el periódico por la tercera y se inclinó sobre el papel para leer, acercando mucho los ojos a las letras. Tenía la boca abierta y torcía el labio inferior. Ahora no masticaba en seco. Su cara se movía sobre las hojas desplegadas, llevando la mirada hacia arriba y hacia abajo, de izquierda a derecha, buscando los titulares. Al fin, la mirada se detuvo.

"Juzgados".

Todavía en esa sección, sus ojos siguieron buscando, llevados por los movimientos de la cara. Desdeñaban las líneas por montones, como si les importaran un bledo los nacimientos, matrimonios y divorcios. Al fin, se detuvieron en el encabezamiento de un párrafo.

"Defunciones".

Sólo entonces el hombre se puso a leer.

"Angela Piedra Rico, de 25 años, de cáncer del pulmón. Ricardo Pérez, de 18 años, Veguita de Galo, Bertillón 166. Joaquín Palacios Díaz, de 24 años, Santa Ursula, Bertillón 166. Juan Rodríguez Peláez, de 15 años. Bertillón 166. Alfredo Aparicio, de 81 años, tuberculosis intestinal. Juan Queralta Nacer, de 59 años, de neoplasma del colon. Pedro Díaz, de 12 años, de caquexia y leucemia."

El viejo levantó la vista del periódico, aunque siguió con las manos apoyadas en la vidriera y la cara inclinada hacia el papel. Miraba vagamente el "fijo" y los "corridos" que anunciaba la pizarra. La expresión se le había hecho infeliz y tenía los ojos húmedos y mustios, como agotados por el esfuerzo de la lectura. Por un instante, pareció que todo él se había desplomado sobre la vidriera, que ya no se iba a levantar jamás. Pero se repuso y recogió el periódico. Luego de ordenar las páginas se lo devolvió al gordo, quien lo miró fijamente, arqueadas las cejas, al recibirlo.

El pordiosero inició el regreso, muy cansadamente, hacia su puesto, en la escalinata de la catedral. En la acera, como no se ocupaba de ver por dónde andaba, tropezó con un hombre que pasaba. El viejo se detuvo y se fijó con atenta calma en el transeúnte.

Era un moreno trajeado de azul oscuro, sin corbata ni sombrero, serio, hasta hosco, con la tensa expresión que Nemesio había visto en todas las caras aquella mañana, pero en la del negro había además un aire de resuelta determinación que las otras no tenían. Se había detenido momentáneamente, como para ver el resultado de su tropezón con el viejo, las manos alertas, por si tenía que evitar su caída. Al ver que el pordiosero seguía tranquilamente en pie, murmuró: "Perdón", y se alejó.

Nemesio no oyó su voz, pero supo, por el movimiento de los gruesos labios, de la disculpa y movió negativamente la cabeza. Se quedó pensativo, mirándolo alejarse.

El negro parecía saber exactamente a dónde iba y hasta el tiempo que emplearía en ir. Al viejo le llamó la atención, sobre todo, la decisión que vió en sus ojos pardos, algo así como una bala disparada rectamente al blanco. La piel negra de su cara era tersa y brillante y estaba mojada de sudor. En la frente, partiendo de entre las cejas y terminando donde empezaba el cabello ensortijado, había una pronunciada arruga.

Aunque no lo conocía —estaba seguro de que era aquélla la primera vez que lo veía—, al pordiosero le pareció encontrar en el negro algo familiar, algo que quizás tenía él también en su persona, pero no pudo descifrar el qué. De todos modos, por aquel algo peculiar, que él ignoraba, la estampa se le quedó en la cabeza, grabada con firmeza y claridad.

NEMESIO era sordo como una tapia, mejor, como un clavo de vía —esos clavos gruesos que enterraban en la cabeza de los hombres—, tenía cerca de setenta años y pedía limosna desde poco más de los cuarenta, luego de perder el oído en la explosión de un barreno, mientras trabajaba en la construcción de la Carretera Central, en el tramo de Quintero, cuando la dinamita estalló antes de tiempo. De allí le quedó también el reumatismo. No era de Santiago. Si tenía familia en algún otro lugar de Cuba, no había por qué decirlo, ni tampoco a nadie le habría de interesar su procedencia.

Vivía en un rincón del atrio y todas las semanas iba a los cuartos del Ejército de Salvación a darse un baño y cada dos o tres meses se dejaba pelar y afeitar por un barbero amigo.

Había hecho amistad con un curita de la catedral, de gafas y ojos muy vivos, y estaba en el secreto de muchas cosas, a pesar de su sordera. Entendía bastante bien las palabras por el movimiento de los labios y a veces conocía conversaciones distantes de gentes que no podían imaginarse que él las estuviera **oyendo.**

Aquella mañana, luego de la lectura de las defunciones y del choque con el negro, estando ya en su lugar de costumbre, en el atrio, no podía estar tranquilo. Se quitaba y se ponía el viejo sombrero, masticaba más de lo habitual, lan-



Di mi voto a "Bertillón 166" porque, en ese libro, se revela un auténtico temperamento de novelista. Desde las primeras líneas del relato, el autor nos arroja, sin preámbulos ni disquisiciones, en pleno drama: drama que es el de la resistencia, de la lucha contra la tiranía, en Santiago de Cuba. La acción se traba rápidamente, mediante un "montaje" casi cinematográfico de escenas cortas, de peripecias dotadas de una dinámica propia, que expresan lo esencial de un acontecer colectivo, con la mayor economía de medios. Con muy pocos personajes —tan pocos que a veces le bastan dos o tres para lograr sus propósito— nos hace vivir el novelista la tragedia de una ciudad entera en días de terror. Y esos personajes, sencillos, cotidianos —meros transeúntes de una calle en cualquier época normal —se echan a andar y viven, a todo lo largo del relato, con estaturas acrecidas por el terrible reparto de papeles que los entremezcla en un juego a vida o muerte. José Soler Puig sabe mover su gentecilla heróica o temerosa, cobarde o sublime, del mismo modo que sabe evocar ciertas atmósferas: las noches de Santiago bajo la dictadura, tal como las describe en su novela, quedarán grabadas en la mente de sus lectores.

No diré que su estilo sea siempre satisfactorio, en cuanto a la factura misma de la prosa. Pero el novelista, el narrador nato, queda siempre por encima de sus propios "modos de hacer".

ALEJO CARPENTIER

zaba manotazos a las moscas. A los pocos minutos, se dió vuelta y, con el sombrero en la mano, entró en la catedral. Atravesó la amplia nave y, bien cerca del altar del centro, se hincó de rodillas.

En su cabeza, libre de todo ruido de afuera, se abría paso un torrente estruendoso y horrible:

"Señor, ¿hasta cuando?"

Nunca creyó en nada, pero en aquel momento estaba dispuesto a creer en todo, en cualquier cosa. Algo en su interior se estaba desmoronando, algo que el sabía muy bien lo que era, algo que lo había sostenido en su miseria y desamparo: el orgullo de saberse hombre.

Se puso de pie, limpiándose con una manga de su saco la frente sudorosa. Volvió a medias la cabeza. De espaldas a los bancos, de rodillas, unas mujeres tenían caídas las cabezas. En su actitud temblaba una plegaria. Nemesio supo, sin oír las palabras ni leer el movimiento de los labios, el contenido de su rezo:

"Señor, ¿hasta cuándo?"

Sintió que los años le caían sobre los pies, inmovilizándolos. Creyó que estaba en trance de muerte. La vida le pesaba en los huesos como una carga absurda.

Con mucho esfuerzo, consiguió arrastrar los pies y moverse por el pasillo que formaban las dos hileras de bancos. Se dirigió a su sitio, en el atrio, frente a la escalinata. A sus espaldas, a la luz de las velas, el sacerdote consagraba la hostia. El viejo llegó hasta la puerta.

Súbitamente, vió los cuatro hombres. Estaban uniformados, de amarillo y azul, y subían la escalinata. En sus manos, como insignias de la muerte, la amenaza de las armas largas. Fusiles y ametralladoras de mano. Abría la marcha un individuo alto y robusto, la gorra de oficial sobre los espejuelos oscuros.

El sordo volvió sobre sus pasos. Se le libraron los pies de la impedimenta de los años. Ahora era el corazón lo que le pesaba. La frente se le había llenado de nuevo de sudor. El viejo caminaba con angustiosa desesperación.

—El curita —murmuraba aterrado—. El curita.

Atravesó la nave y pasó frente al altar, sin humillarse, con atolondrada prisa. Creyó ver sobre él los ojos del sacerdote que oficiaba, recriminante la expresión. El monaguillo agitaba frenéticamente las campanillas plateadas.

Nemesio entró en la sacristía.

En el recinto había cinco personas, que el sordo, en su precipitación, vió de bulto, sin fijarse en nadie más que en el padre González, el curita de las gafas y los ojos vivos. El sacerdote, volviéndose hacia él, se le acercó un paso.

—¿Qué hay, Nemesio? —le preguntó, extrañado de su expresión de susto—. ¿Qué quieres?

Al sordo se le hacía difícil la palabra. Dirigió una mirada desconfiada a los acompañantes de su amigo. Empezó a masticar en seco. El curita lo apremió.

—Vamos, hombre —y movió las manos, incitándolo.

Nemesio tenía los ojos muy abiertos.

—Cañizares —respondió—. Viene Cañizares... Aquí. Está en el atrio.

El curita echó el busto hacia atrás. Los ojitos le relampaguearon tras los cristales. A Nemesio le pareció que les hacía a los otros un gesto pidiendo calma y serenidad.

—¿Y qué? —replicó, al fin, el sacerdote—. Que venga. No faltaba más... Todos los hombres tienen cabida en la casa de Dios —cambió repentinamente de expresión; su rostro se tornó sombrío; se dirigió a sus acompañantes y les pidió—: Vengan conmigo, señores.

El grupo desapareció, en fila, tras una puerta, con el curita a la cabeza.

De pronto, Nemesio cayó en cuenta de que conocía a uno de aquellos hombres. La palabra conocer no le pareció exagerada en su pensamiento, aunque, en verdad, sólo lo había visto una vez. Era el negro con el cual tropezara al salir de la vidriera de apuntaciones. Era él. El mismo traje azul oscuro, la misma actitud de segura resolucion. Quizás tenía más pronunciada la arruga de la frente.

Al mendigo jamás le pareció tan pesada la desgracia de su sordera. Se quedó en pie, inmóvil, tenso como cuerda de guitarra, con los nervios a flor de piel.

Sabía, por desdichadas experiencias, que su piel "oía" los tiros y las explosiones de bombas y petardos, siempre que fueran lo suficientemente cerca. Aguzaba la piel, como los demás cristianos el oído. Pero pasaron dos minutos y no sintió ningún tiro. Entonces Nemesio aflojó sus gastados nervios y se sentó en el reclinatorio del rincón. Y, tapándose la cara con las manos, los codos apoyados sobre las piernas estiradas, se puso a esperar, masticando en seco.

El curita atravesaba el patio central. Iba solo y su paso era despreocupado y lento. Llevaba un devocionario en la mano y con el pequeño libro se golpeaba suavemente la sotana, junto a la pierna. Tenía las gafas bien altas en la nariz, como un insecto de cristal posado entre los ojos. El labio inferior lo mantenía entre los dientes. Miraba al suelo al andar, como sumido en piadosa meditación, no muy profunda. El que lo hubiera visto así, envuelto en tan inocente serenidad, habría pensado que el curita debía estar en un altar. Hasta el brillo de sus ojos parecía no ser otra cosa que la llamita del Espíritu Santo.

El jefe corpulento, los dos policías y el soldado, se hallaban reunidos bajo el marco de la puerta monumental del fondo. Las armas se prolongaban en sus manos hacia el cielo. El padre González, mirándolas de reojo, sin levantar la cabeza, se dijo que así debían ser las velas del infierno, negras y feas, si es que había velas en el infierno. Y esas velas infernales estaban allí, en el patio de la catedral, entre los muros de la casa de Dios. El curita se sintió indignado. Sin embargo, cuando llegó cerca de los visitantes, su voz no reveló el menor síntoma de pensamiento descortés hacia los uniformados, sino que su acento fue humilde y sencillo.

—¿En qué puedo servirlos, señores —dijo, y se quedó muy quieto, la cara inclinada hacia ellos, en actitud de amable espera.

El oficial corpulento lo miró de la cabeza a los pies. Levantó la mano, con el índice extendido, y señaló los cuatro costados del patio, en un gran círculo envolvente.

—Sabemos que ustedes tienen escondidos unos tipos aquí.

El curita retrocedió, infantilmente espantado, con las manos en la cabeza.

—¡No! —se horrorizó—. ¡Dios nos libre! Lo único que podemos ocultar aquí es el pecado de las criaturas. El secreto de confesión, ¿saben?...

Los policías se echaron a reír. El jefe se llevó el puño apretado a la boca.

—De todos modos —dijo—, queremos registrar y vamos a registrar. Y ruéguele a Dios, padre, que no encontremos aquí los pecados que sospechamos...

—Como usted quiera —repuso el sacerdote—. Por supuesto, tienen ustedes orden judicial, ¿verdad?

—Hombre, ¡claro! ¡Cómo no! ¿No la ve? Aprecie la firma del juez —respondió solemnemente el individuo con estrellas de coronel—. Mire qué firma más hermosa...

Y le señaló al curita, con otro gesto circular, las armas de sus hombres y la propia.

El religioso se mordió los labios y asintió. Extendió las manos crispadas ante sí. Por un instante, los ojos fulguraron tras las gafas, pero enseguida volvió a aparecer en ellos la llamita del Espíritu Santo.

—Vengan entonces —dijo, con humildad— Hagan el favor, señores.

E inició la marcha. Ellos lo siguieron, alertas y con las armas listas.

Mientras andaban, el joven sacerdote oía sus rudos pasos y era como si le estuvieran pisando sobre la cabeza. Por un momento, creyó que iba a perder su sangre fría. Las gafas las tenía empañadas por el sudor de la frente. La boca, seca, y los labios le empezaban a temblar. "No me abandones, Jesús".

Se guardó el devocionario en el amplio bolsillo de la sotana y sacó un pañuelo blanco. Se despojó de las gafas y limpió los cristales con el pañuelo, sin dejar de caminar. Luego las miró de lejos, en el extremo del brazo, y se las volvió a colocar sobre la nariz. Se guardó el pañuelo en el bolsillo. Oyó a sus espaldas unas risas sonoras y volvió la cabeza.

—Por favor, señores —dijo, como en reproche, pero con acento de ruego—, miren en qué lugar estamos... La santa catedral.

Tal vez fuera la presencia de los siglos en los altos paredones, o el silencio que pesaba sobre el lugar, o el místico temor que inspiran las iglesias a quienes, sin ser militantes de ninguna religión, creen, sin embargo, en un algo indefinible; lo que fuera, el caso es que la voz del coronel tuvo acento un poco avergonzado cuando dijo:

—Sí, padre.

El curita guió a los hombres por todo el viejo edificio, sin mostrar en ningún momento el menor signo de miedo. Bajo las campanas, en las dos torres gemelas, ellos buscaron en todos los rincones. Enormes armarios fueron abiertos. Ellos miraban, palpaban, revolvían, casi sin pronunciar palabras. Sólo en una ocasión, se completó una frase por boca de los militares.

—Esto huele un poco a muerto —dijo el soldado, arrugando la nariz.

—Sí —le respondió el sacerdote—. Todas las iglesias tienen ese olor. Para los incrédulos es un misterio, para los devotos, no.

El coronel se mostró interesado:

—¿Y de qué viene el olor?

El curita lo miró por entre los párpados caídos. Dejó crecer la pausa.

—¡Quién sabe! —contestó, al fin, prosiguiendo la marcha.

Como ellos golpearan insistentemente las paredes con las culatas de sus armas, el sacerdote les aclaró, sacudiendo la cabeza:

—Aquí no existen túneles ni subterráneos. Mucho menos, cuartos secretos. Eso es una leyenda. Todo aquí está sobre tierra. No hay más que lo que pueden ver ustedes.

La cara del coronel comenzaba a mostrar signos de aburrimiento. Frente a una puerta cerrada, los uniformados se detuvieron en espera de que el curita la abriera, como había hecho con todas, pero él continuó la marcha, ignorándola. Al coronel se le llenaron de malicia los ojos, tras los lentes oscuros.

—Oiga, padre...

El se volvió con inocencia.

—¿Qué?

—Esta puerta ...

El sacerdote regresó a ellos, con mucha calma y una mano en alto, junto a la cara.

—Lo siento —se disculpó, apenado—, pero ahí no pueden entrar. Es lugar sagrado.

—¿Sagrado?...

—Sí, señor.

El curita lucía encogido y lleno de pesadumbre, como muchacho cogido en falta grave. Hasta casi se podía decir que tenía miedo.

—¡Abrala! —bramó el coronel, con el arma en alto—. ¡Qué importa lo que sea!

—No.

—¿Cómo que no?

Los subalternos se agitaron, movieron sonoramente las armas. El amenazante trastrás de la palanca de un rifle al ser montado, repercutió lúgubremente a lo largo del pasillo.

Con calmosa lentitud, el padre González se apoyó de espaldas en la puerta y abrió sobre la madera sus brazos en cruz.

—No pueden entrar —insistió—. Es lugar sagrado.

—¡Quita!

Fue el mismo coronel quien lo lanzó al suelo, de un violento empellón. Sobre la figura del caído se desplegó la negrura de la sotana y aparecieron las piernas con los rayados pantalones grises.

A la cuarta patada, la puerta se abrió con un crujido, que el coronel y sus hombres corearon con una exclamación de triunfo.

—¡Aquí es!

El vacío de la puerta abierta se tragó a la gente de uniforme. Enseguida se oyó un tropel de ruidos: todo allí estaba siendo revuelto y sacudido.

El curita, en el suelo, se mordía los labios. Sus ojos despedían chispas de burla, aunque su rostro permanecía serio. Empezaba a levantarse, cuando vió salir a los cuatro hombres. Lucían desencantados y llenos de disgusto.

—Vámonos —decía el coronel, tremolando en la mano desarmada los espejuelos oscuros—. Tengo necesidad de aire fresco. Este ambiente de brujas me da ganas de vomitar. Sólo ropa de cura.

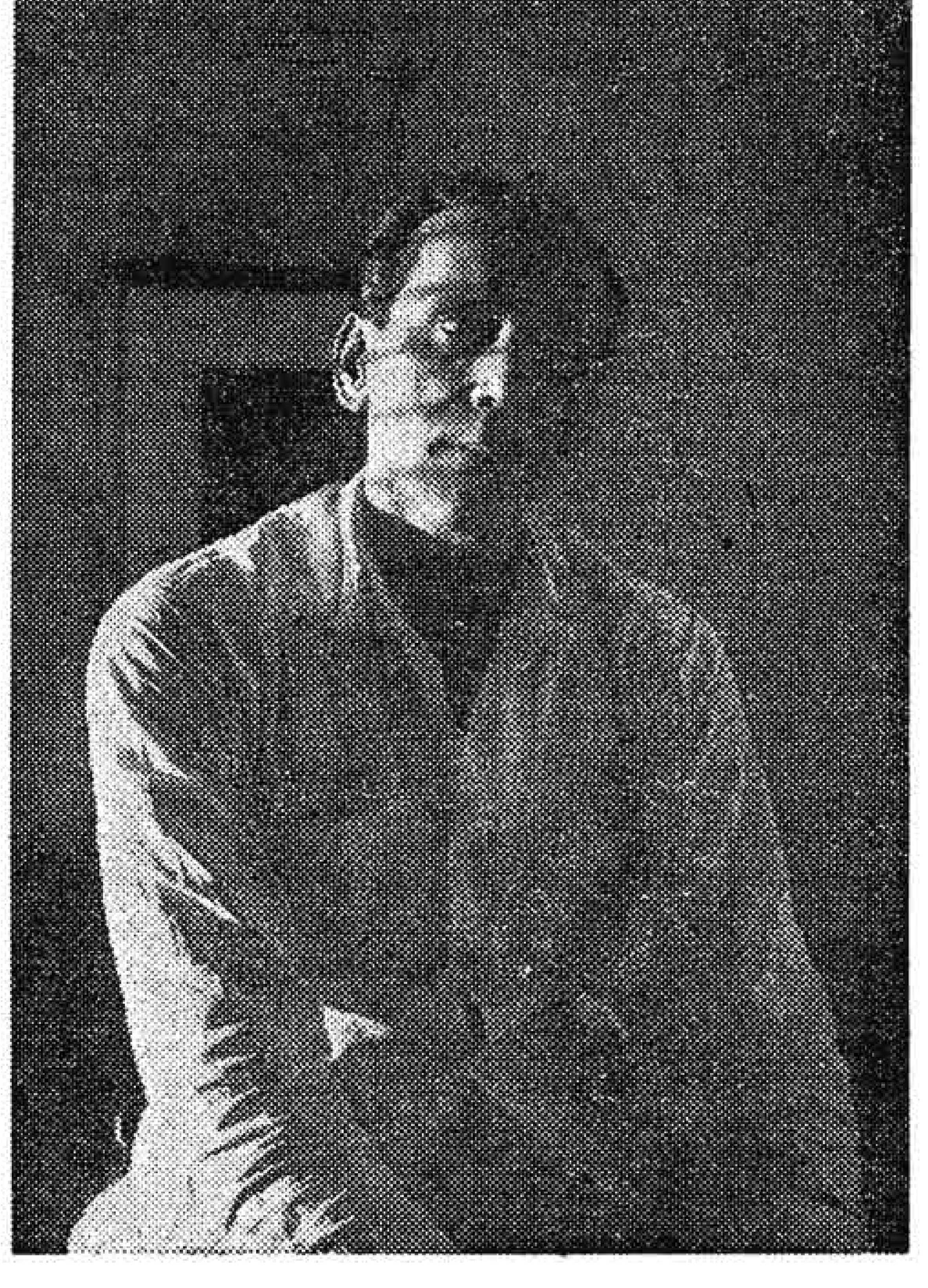
—¿Y si no había nada de particular, por qué ese?... —inquirió uno de los policías, señalando con el dedo al curita, que ya se había levantado del suelo y tenía en el rostro una desamparada expresión.

—Porque ellos consideran sagrados esos trapos —rugió el coronel—. ¡Vámonos! Aquí hay peste a infierno. ¡Curas del demonio!

(CONTINUARA)

"¿PERO POR QUE TANTAS PREGUNTAS?"





La noticia le llegó a José de pronto. Así de golpe. Como cuando uno está durmiendo y flota en medio de la niebla del sueño el timbre zumbón e implacable del despertador.

José Soler Puig —43 años, vecino de Santiago de Cuba, y antes de Guantánamo, de Isla de Pinos, de Gibara, y escritor de afición—, es el ganador del premio de novela del concurso de Literatura Hispanoamericana convocado por La Casa de las Américas.

"Bertillón 166" se llama la novela de Soler Puig. ¿Es ésta su primera novela, Soler?

Se ríe y cruza las manos en un gesto nervioso y se vuelve para José Antonio Portuondo, que presentó su obra al concurso y lo ha traído a la entrevista.

"Bueno, novela sí. Aunque yo siempre escribí, ¿sabe?"

"¿Desde cuándo?"

"Pues no sé. Desde que era un muchachón. Cuando tenía 17 ó 18 años. Desde entonces estoy escribiendo cuentos, y relatos y narraciones."

Soler confiesa que "hay un cuento de Gerardo Gallegos titulado "El Pequeño Salvaje", que leí hace 25 años, el cual me impresionó tanto que traté de escribir uno imitándolo. No recuerdo el nombre que le puse".

Soler Puig ha publicado cuentos en la revista "Carteles", en el magazine dominical del periódico "Hoy", en la revista "Galerías" y en la publicación "Cúspide", del Central Merceditas.



Ahora Soler Puig está en La Habana. Entrevistas para periódicos, revistas, agencias noticiosas. Apariciones en emisoras de televisión, noticiarios cinematográficos, emisoras de radio. Flashes. Luces. Interrogatorios zigzagueantes. Preguntas, preguntas, preguntas... Una espiral de palabras lo envuelve concéntricamente. Y él en el centro del vértigo.

—¿Es necesario que le hagan a uno tantas preguntas sin importancia? —pregunta cerrando los ojos en un gesto de angustia.

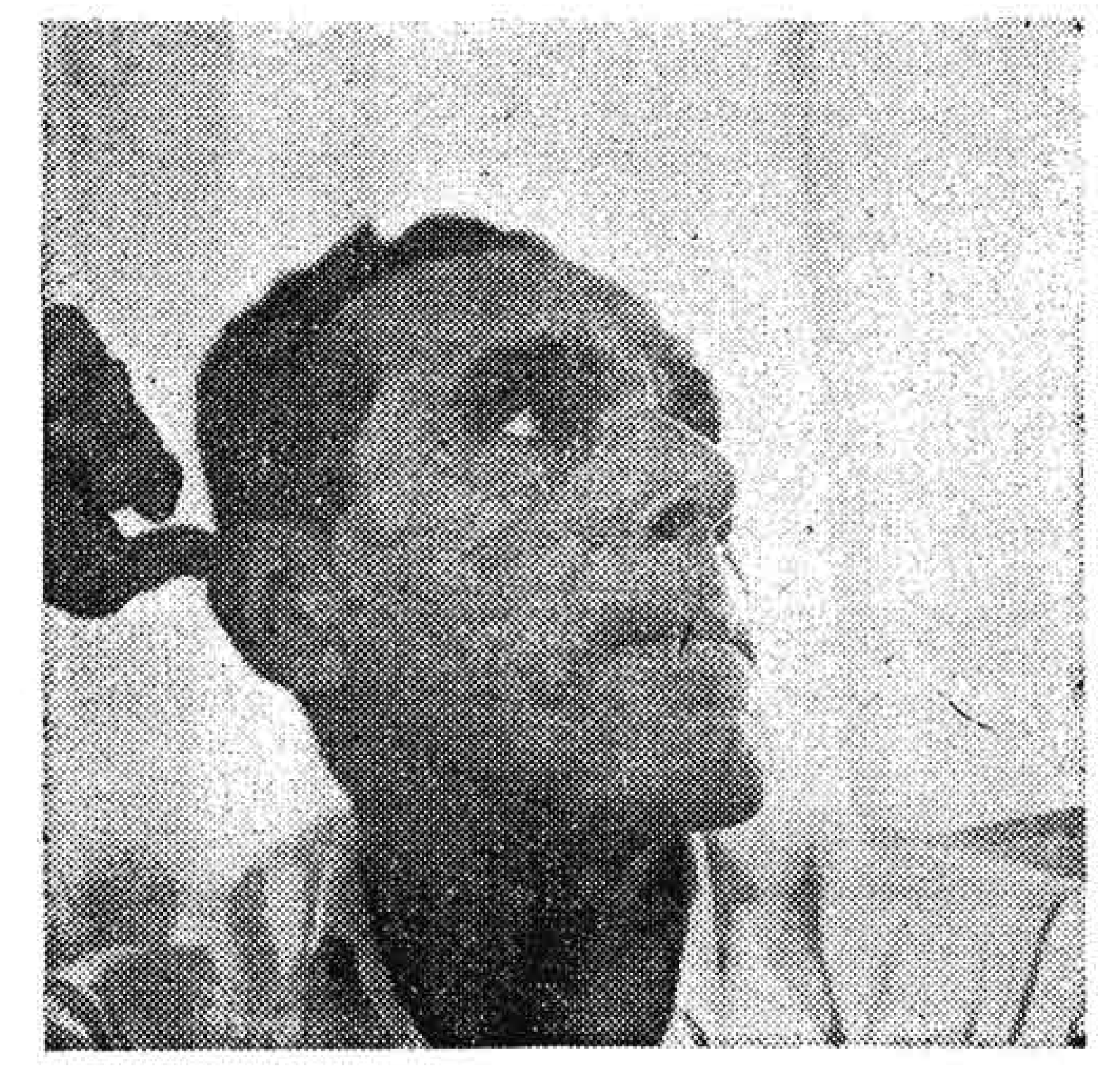
Claro que sí; todo es necesario. Además, esto en parte llena el vacío en que ha vivido el escritor en Cuba. Es darle importancia. Llegar al público. Aquí, hasta hace muy poco tiempo (siempre habrá que volver al 1ro. de enero de 1959, inevitablemente), salvo raras excepciones, el escritor constituía una especie de categoría del absurdo. Era un gran desconocido. Un gran ignorado.

José Soler Puig habla de "Bertillón 166". Primero que nada del título.

"En un periódico de Santiago de Cuba —relata—, durante la más dura censura de Batista, aparecían noticias sobre defunciones, y al final de las noticias la frase "Bertillón 166".

Bertillón es el nombre de un célebre experto en huellas francés que descubrió las marcas digitales y las clasificó; de ahí que ellas señalasen al asesinato de un revolucionario por los esbirros de los cuerpos represivos.

"De esta forma todo el mundo se enteraba y era burlada la censura", dice Puig. "Mi novela recoge un día de vida de Santiago de Cuba. Cualquier día antes de la farsa electoral del 3 de noviembre de 1958".



A continuación habla de los personajes:

"Son en total 10 ó 12... personas aisladas: no es la cosa masiva ¿comprende? Mire, en realidad el personaje principal es la propia ciudad de Santiago. Algo así como su agonía".

Ahora de la trama:

"Está basada en la realidad. Pero no es la realidad real, sino de cierta manera transformada. Ahí hay cosas que yo mismo presencié y otras cosas que me contaron. Es la lucha clandestina del 26 de Julio".

José Soler Puig habla de la técnica que empleó para escribir "Bertillón 166. Dice que piensa la totalidad de las obras antes de escribirlas. "Esta novela la estuve pensando casi un año. Entre 9 ó 10 meses". Primero la escribió a lápiz. Luego a máquina. Después dos meses más para retocarla y pulirla.

¿Dónde y cómo la hizo, José?

"En Isla de Pinos. Mire, eso sí quiero que lo diga: los pineros son muy buenas gentes. La escribí alternando con mi trabajo en una fábrica de aceite de coco para hacer jabones. Allí trabajé como catorce meses. Terminé la novela en 1959. El manuscrito tiene como 254 cuartillas".

Ahora Soler Puig está "pensando" otra novela, que todavía no tiene título. Esta novela de ahora "tratará sobre la situación actual del trabajador en la revolución. Termina en una cooperativa. Aquí contemplo la unión del trabajador industrial y el del campo".

"Bertillón 166" será publicada próximamente por La Casa de las Américas, esto es parte del premio, además de los mil pesos en efectivo que José Soler Puig ha venido a buscar a La Habana.

